

España 2050. ¿Optimista o inocente?

Sebastián Duarte

Trilogía
España futura

 ESPAÑA
2050

Capítulo 1

Estaba corriendo alegremente, jugando al pilla y pilla con sus primos pequeños cuando... ¡Pum! Vuelta y vuelta escalera abajo. Aquel fatídico 24 de mayo de 2022, Nicolás cayó como si de una pelota se tratara por las escaleras de aquella casa de verano. El golpe fue tan intenso que Nico no pudo hacer otra cosa que desmayarse al llegar al último peldaño de la inmensa escalera de mármol que dividía en dos la ilustre casa. Sus ojos se cerraron y, por un segundo, su respiración se cortó en seco. Todos estremecieron a su alrededor, sin saber que Nicolás ya no sería el mismo.

- Despierta Nicolás, ya es hora. – dijo una dulce voz de mujer.

Nicolás, al oír esa voz, abrió levemente los ojos, frunciendo el ceño en el proceso. Alcanzó a ver la silueta de una esbelta chica de ojos verdosos, de cabello dorado como el oro, de estatura perfecta. El dolor hizo a Nicolás cerrar los ojos de nuevo. La chica desapareció.

- ¡Oye!, ¿estás bien, acho? – dijo ahora una voz más ruda, claramente de hombre.

- Yo creo que está colacao. No responde el mamón... – respondió otra voz de hombre, pero con acento andaluz.

- Entonces, Nicolás, cortando la conversación del segundo parlante, abrió los párpados bruscamente, intentando incorporarse lo más rápidamente. Los dos chicos se sorprendieron y trataron de agarrar a Nicolás para evitar que se cayera de nuevo.

- ¡Hey, tío! ¿Estás bien? – volvió a preocuparse el primer chico.

- Emm, me duele la cabeza. – respondió Nico con una sensación de extrañez y confusión, a la par que el dolor insoportable de cabeza parecía disiparse levemente con la incorporación.

- ¿Quieres que te llevemos al hospital, miarma? – preguntó el segundo chico, con una cara de sorpresa y desconfianza.

Nicolás acababa de despertar tras aquel fatídico accidente. Todo parecía normal dentro de Nico, pero fuera la situación había cambiado. El ruido de los coches y de un aparato irreconocible empezaba a entrar por los oídos

de nuestro semiconsciente protagonista. Aquellos dos chicos mostraban posturas muy diferentes frente a ese extraño que acaba de despertar ante ellos. El primer chico, con un acento que a Nicolás le recordaba a sus compañeros extremeños de la universidad, mostraba una profunda preocupación por ese maltrecho muchacho. El segundo chico, cuyo seseo era inconfundible, se postraba más desconcertado. «¿Estará drogado? Yo creo que eso es éxtasis, seguro vamos», se repetía una y otra vez ese segundo chico en su cabeza, a la par que intentaba no acercarse demasiado a Nicolás.

- ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la Estefi y el Alfonso? – preguntó con profunda preocupación Nicolás.

- No conocemos a quienes dices. Yo soy Emilio – procedió a presentarse el primer chico – Él es Alejandro.

- Hola, chico raro, ¡jajaja! – comentó el segundo chico, solapando la conversación iniciada por su amigo.

- No te rías, ¡imbécil! ¿Decías que te dolía la cabeza? – se preocupó Emilio, a la par que se acercaba más a Nicolás, quien permanecía apoyado en la pared de aquel callejón.

- A ver, yo estaba en mi casa de campo jugando con mis primos y luego creo que me caí y... – expresó con extrañeza Nicolás, sin poder terminar la frase por la intervención de Alejandro

- ¡Casa de campo!, dice el señorito – dijo, con sarcasmo, ese joven sevillano llamado Alejandro.

- Aquí hay pocas casas de campo, eso está más a las afueras – intervino Emilio preocupado.

- ¡¿Dónde coño estamos?! – se exaltó Nicolás.

- En Triana... – respondió Alejandro.

- ¡¿Qué hago en Sevilla?! Esto no tiene sentido... – exclamó Nicolás, provocando una acalorada respuesta de Alejandro.

- ¡No vuelvas a decir eso! ¡Esto es Triana, no Sevilla! *Pedazo de imbécil...*

- No te metas con él. Será extranjero... – dijo Emilio.

- ¿Extranjero? Tú eres idiota. ¿No oyes el acento andaluz que tiene? Será de Osuna o porái – replicó Alejandro, aun mosqueado con Nicolás.

- ¡Me estoy volviendo loco o algo! – gritó Nicolás, al alimón que miraba en todas direcciones, percatándose, por primera vez desde que abrió los ojos, de que había coches sin ruedas que volaban sobre la carretera. – ¿Eso son coches voladores? ¡What the fuck!

- ¿No sabías que los coches vuelan? Si hay coches voladores desde prácticamente los años treinta – respondió confundido Emilio.

Efectivamente, aquello ya no era la apacible casa de campo en la que Nicolás había disfrutado jugando tantas tardes del largo e intenso verano andaluz. Los coches volaban, unas máquinas extrañas de reducido tamaño deambulaban por las aceras barriendo y limpiando, y un veloz tren recorría aquella gran avenida, con tal rapidez que era difícil ver el color de la chapa que recubría a los pasajeros del interior. Aquello era Triana, no Sevilla.

- Vale, vale, hay coches voladores y un puto tranvía que va a tope. Necesito sentarme en algún lado – dijo Nicolás un tanto mareado.

- Vamos a mi casa, te puedo dar un chocolatito caliente a ver si te mejoras – respondió con gentileza Emilio.

- Sí, a ver si le cambia la cara, que cualquiera diría que ha visto un fantasma, ¡jajaja! – comentó Alejandro con el característico acento trianero.

Los tres chicos procedieron a abandonar ese callejón, Calle Cáceres se llamaba, o, al menos, eso alcanzó a ver Nicolás cuando abandonaban el lugar. La casa de Emilio estaba a escasos metros del callejón. Al llegar al inmueble, Emilio procedió a abrir la puerta, dejando, por supuesto, pasar primero a los dos otros dos muchachos. Al entrar al edificio, Emilio agarró el pomo de la puerta del ascensor, mientras Alejandro y Nicolás entraban. Ya en el apartamento, Emilio se apresuró a preparar un chocolate caliente a la taza para el desconocido. Nicolás no podía ocultar su cara de asombro al ver tan enorme cocina, de color blanco puro, totalmente automatizada. Emilio tan solo tuvo que pulsar dos botones para que el chocolate fuera vertido, caliente, en aquella taza color ocre, que a Nicolás hizo recordar las noches de verano en familia en la casa de campo.

- Oye, Emili, ¿sabes cuánto ha bajado la inflación en los últimos veinte años? – intervino por sorpresa Alejandro.

- ¡Acho, yo qué sé! – respondió con el ceño fruncido Emilio.

- Un 30%, justo vi el dato esta mañana en el periódico. Es impresionante. Todo gracias a la derecha, claro.

- La inflación ha bajado, la calidad de la sanidad, las pensiones y las ayudas públicas, también – contestó Emilio, un tanto malhumorado – ¡Es ridículo! Todo gracias a un cambio de gobierno forzado por Europa para que presentemos mejores números, ¿a cambio de qué? A cambio de destruir nuestro Estado del Bienestar y perder nuestra soberanía. Vivimos en la inmundicia por culpa de Europa. Fuimos estúpidos cuando nos unimos a la Unión Europea. Ya lo decía Sánchez, que con Europa, no importa el Estado del Bienestar, sino los buenos números...

- ¡Semejante estupidez, miarma! Buenos números dice. El paro ha bajado al 3%, niveles semejantes a los que tenía Estados Unidos cuando dominaba el mundo. Las ayudas públicas a chiringuitos y enchufados, por supuesto, han sido eliminadas. ¿Qué nos queda? Un país solvente, industrial y apoyado por las potencias europeas – replicó Alejandro, mientras Nicolás contemplaba aquel improvisado debate.

- ¿Industrial? En este país, nunca ha existido industria ni existirá. Nuestra economía es la más terciaria de las europeas, acho no me jodas. Lo que pasa es que te crees todo lo que dice el puto eu, como os pasa a todos los de tu clase. Sois unos clasistas, que solo os preocupáis por los ricachones y las grandes empresas. Os gusta lamerle las pelotas a todo inversor que se acerque a España.

- Si no hubiera sido por “lamerles las pelotas a los inversores” – dijo Alejandro a la par que gesticulaba unas comillas con sus dedos –, ahora no seríamos la potencia renovable de Europa. Nada más ni nada menos que un 25% de la energía eléctrica en Europa se produce aquí. Extremadura con tu querido Sánchez no era nada, terreno baldío, ahora es una potencia en toda regla.

- ¿A costa de qué? De nuestra soberanía y nuestros espacios naturales. Extremadura ha perdido toda su vegetación. Solo quedan fábricas y placas solares...

- ¿Prefieres eso o seguir dependiendo del gas marciano?

- ¡¿Chacho, qué dices?! Hace que no compremos gas marciano por lo menos veinte años. ¡Infórmate primero!

- Sí, sí, seguro que no compremos, por eso subió la luz en el tercer mandato sanchista. Eres de lo que no hay, colega.

- ¡Con Sánchez se vivía mejor!
- No habías ni nacido, idiota, ¿tú qué vas a saber?
- Con Sánchez, como él decía, ¡España era varias, grande y socialista!
- Varias dice, y tanto, como que Cataluña y los vascos se salieron. ¿Y grande, en serio? Estábamos hundidos. ¿Un 30% de inflación en 2029 te parece ser un gran país, miarma?
- Se te olvida mencionar que esa elevada inflación salvó la economía española de la bancarrota dos veces, en 2020 y en 2023, pero claro, eso no lo dices...
- Una pregunta – intervino Nicolás aquella acalorada conversación – ¿habéis dicho tercer mandato de Sánchez?
- Sí, ¿no lo sabías? – contestó Alejandro – Los muy estúpidos españoles, por no llamarlos algo peor, de principios de siglo, permitieron que Sánchez gobernara tres veces, hasta que le dieron la patada en el 39.
- La patada, ¡no! ¡La Unión intervino ilegalmente! – replicó Emilio.
- No intervino, sino que apoyó oficialmente a la derecha, para cambiar la situación. Ganó la derecha y todo cambió, ¿o no? Niégame eso también – expuso Alejandro.
- Cambió, pero a mal. Ni una asociación feminista queda – contraargumentó Emilio, causando una respuesta más animada de Alejandro.
- ¡No servían para nada! Desde que se descompuso el colectivo ese de mierda, el feminismo no vale pa ná. Más seguro se vive ahora que cuando gobernaban los comunistas.
- ¿Has dicho que el colectivo se descompuso? ¿Te refieres al Colectivo LGTB? – dijo asombrado Nicolás, a la par que sorbía de la taza roja.
- Sí, o sea, eso fue hace ya la pila de años. En los años treinta, por lo menos – contestó Emilio.
- Era de esperar. El colectivo era demasiado genérico, así que aparecieron asociaciones más específicas que le quitaron terreno – expuso Alejandro.
- Pero el colectivo no fue nunca una asociación como tal, sino un movimiento, ¿no? – preguntó Nicolás con confusión.

- O sea, claro, no fue una asociación como tal, pero se crearon asociaciones específicas de cada orientación en los treinta, y entonces, se dejó de usar el término colectivo para referirse a todas las orientaciones. Tal vez demasiado genérico como dice Alex.

- ¡¿Cómo?! ¿En qué año se supone que estamos? – dijo sorprendido Nico.

- En el 2050, uno de enero concretamente. ¿Qué año crees que es? – respondió Emilio, con una sonrisa de desconcierto.

Ni aquello era la casa de campo de Nicolás ni era 2022. 2050 en Triana. Evidentemente, Nicolás estaba completamente desconcertado. Tras oír aquella fecha, procedió a levantarse totalmente desconcertado. Dejó la taza sobre la mesa y se aproximó al ventanal que iluminaba la cocina. Corrió la cortina y observó, asombrado, aquel panorama. Ahora, sin dolor de cabeza y más consciente de la realidad, Nicolás pudo ver de verdad aquel mundo que le rodeaba. El aire se sentía más puro, más cristalino que el de la Sevilla en la que Nicolás creció. Por las calles, circulaban peatones por una limpias aceras, mientras que, por aquellas grisáceas calzadas, coches que flotaban sobre el suelo discurrían a velocidad moderada y un veloz tranvía de color rojo, que surcaba por el centro la calzada, realizando varias paradas a lo largo de aquella extensa avenida. Frente a él, Nicolás podía contemplar grandes bloques de vivienda y edificios de tonos azulados, con cristaleras infinitas. ¿Qué era aquello? ¿Dónde había quedado la tranquilidad del campo donde Nicolás descansaba ese fatídico día de mayo? Antes de apartar su mirada de aquella vidriera y acercarse a sus nuevos amigos, Nicolás vio patinetes y bicicletas sin ruedas, que flotaban sobre la acera mientras se desplazaban por una especie de carril bici retroiluminado, en perfecta sinfonía con los peatones, que cruzaban a uno u otro lado de la acera. ¿Se habían resuelto los problemas entre patinetes, bicicletas y peatones en este mundo o es que los peatones habían aprendido, por fin, a mirar antes de cruzar el carril bici?

Nicolás se giró hacia sus amigos, con una cara de asombro e incertidumbre, todo a la vez, sin apenas pestañear, pero con fascinación por aquel futuro maravilloso, aún por descubrir. Se dirigió hacia sus nuevos amigos con intención de contar la verdad, de decirles que aquel no era su año, aunque el temor a ser repudiado por tal noticia era sumamente intenso. Sin embargo, las ansias de respuesta eran superiores al temor.

- Esto va a sonar un poco loco, pero yo no soy de este año, yo vivía en el 2022. No sé cómo he acabado aquí...

- ¡¿Enser?! – contestaron asombrados a la par los dos amigos, con una sincronía casi tan perfecta como la de las nadadoras olímpicas.

- ¿Enser? ¿Qué eso? – preguntó Nicolás.

- Es la contracción de en serio, enser, se dice mucho – explicó Emilio aun asombrado por la confesión de Nicolás – Pero eso no es importante. ¿Estás diciendo que eres un viajero en el tiempo?

- ¿Viajero en el tiempo? ¡Eso es una estupidez! No se puede viajar en el tiempo. Si se pudiera, ya lo habríamos hecho – intervino, en solitario esta vez, Alejandro, que mostraba un completo rechazo al relato de Nicolás.

- Sí es posible – le respondió Emilio –, técnicamente claro. Si consiguiéramos viajar a la velocidad de la luz, podríamos tranquilamente fluir por el espacio-tiempo. La velocidad máxima alcanzada de es de unos 100.000 kilómetros por segundo en simulaciones en laboratorios. La velocidad de la luz es de 300.000 kilómetros por segundo, aproximadamente. Cada vez falta menos para alcanzar esa velocidad, por lo que podría haberse conseguido viajar en el tiempo en el futuro...

- ¡Tonterías! – interrumpió Alejandro, mientras Nicolás permanecía aún confuso – No se ha podido hasta ahora viajar en el tiempo y, aunque la teoría diga que sí, no creo que sea probable. Eso es ciencia-ficción, cuentos para niños. Viajes en el tiempo dice...

- Viajes en el tiempo, velocidad de la luz, 100.000 kilómetros por segundo, 2050, demasiada información para el veinteañero Nicolás que, hasta hace tan solo unas horas, solo conocía los coches voladores que aparecían en las películas que tanto le gustaban a su padre, Juan José Urrutia. Todo había cambiado tan rápidamente que la sensación de soledad e incertidumbre, que recorría el robusto cuerpo de Nicolás hasta clavarse cual dardo en el tuétano, se hacía insoportable. Nicolás no paraba de mirar a su alrededor, asombrado y desconcertado. «¿Cómo regresaré a casa? ¿Podré salir de aquí?», no paraba de preguntarse una y otra vez en su cabeza aquel chico. Su padre, su madre, sus hermanos, sus primos, habían quedado tan lejos en el tiempo que, en lo más profundo de su ser, la esperanza de volver a verlos era mínima. ¿Qué sería del pobre chico? ¿Qué futuro aguarda a alguien desplazado a una sociedad, un lugar, un territorio desconocido, hostil e inhóspito? Sintió, entonces, Nicolás una amargura tan profunda que le resultaba extraña. Su cómoda vida no le había permitido sentir esta tristeza antes. Recordaba, empero, haber observado sensaciones parecidas en las miradas de aquellos inmigrantes que cruzaban el estrecho buscando una vida mejor, sin saber que la inclusión en aquella hostil sociedad no sería nada fácil. Los ojos de aquellos extranjeros reflejaban un miedo parecido al de Nicolás, el miedo

a haber perdido tu hogar.

Un concepto curioso el de hogar. Los refugiados son aquellos que más evocan al mismo, mientras que los habitantes suelen olvidarlo. Desde el exilio, el sueño de regresar al hogar es recurrente entre todos o casi todos los desplazados. Tener que abandonar tu hogar es quizá de las peores sensaciones que el ser humano es capaz de sentir y de provocar. Las guerras generan no solo una ola de destrucción, sino la pérdida del hogar, una sensación de completo vacío, entremezclada con esperanza, incertidumbre y realismo. Hay quienes sueñan con regresar a lo que una vez fue su hogar, pero, para su desgracia, terminan su estancia en nuestro planeta sin lograrlo. ¡Qué tendrá el hogar que, aun siendo dichosa la vida en él, es tan fácil extrañarlo cuando lo perdemos! Huimos de nuestros países buscando una vida mejor para nosotros y nuestros allegados, dejando tras nosotros las vivencias, sueños e ilusiones que compartimos con amigos y familiares en nuestro hogar. Aquel país, aquella ciudad, aquel barrio, aquella casa donde vivimos y crecimos jamás será olvidada de nuestra memoria. Basta con abandonarla un miserable segundo para sentir ese vacío existencial que recorre el cuerpo hasta la médula, impregnando el corazón de amargura y el cerebro de malos pensamientos. No somos nada sin nuestro hogar, sin nuestras vivencias, sin nuestra vida. Abandonar tu hogar es abandonar tu vida.

Bienaventurados aquellos que se vieron obligados a abandonar su hogar y que, si pudieran, regresarían cuanto antes para volver a experimentar esa sensación de gratitud y confort. Si mueres sin conocer tu hogar, no morirás, porque nunca has vivido, emulando al gran Luis Cernuda. Nicolás era ahora mismo aquel aventurero con ganas de disfrutar y descubrir, que en el fondo de su maltrecho corazón no puede dejar de sufrir la angustia existencial de haber perdido su hogar. Sin su hogar, sin su vida, sin sus sueños, Nicolás se haya perdido en una vorágine de luces y sombras, un trasiego constante de pensamientos y miradas, un periplo por escribir mediante nuevas ilusiones y grandes lamentos.

- ¿Chacho, quieres dar una vuelta o algo? – interrumpió Emilio el lamento interior de Nicolás.

- Sí, por favor – respondió Nicolás.

- Un paseo cortito, que ya mismo hay clases – dijo Alejandro a la par que sacaba de su bolsillo derecho un extraño móvil donde miró la hora. Nicolás quedó perplejo ante aquel dispositivo todo pantalla.

- Por cierto, voy a mirar un momento si el Juanca ha subido el texto, one second – respondió Emilio mientras ponía el móvil sobre la mesa. Tras pulsar en la pantalla, el móvil de Emilio se desplegó horizontalmente formando una pantalla de al menos 7 pulgadas.

- ¿Y esos teléfonos? – preguntó Nicolás.

- Pues no sé, teléfonos, ijaja! – contestó mientras reía Alejandro – El mío es un Apple y el del Emili, un Samsung. Se pliegan y eso, vamos como todos los móviles desde hace veinte años.

-En mi época, solo había algunos desplegados, pero no se parecían en nada a estos, y las pantallas tenían bordes, iflipas! – dijo Nicolás en tanto que Emilio terminaba de mirar en su teléfono, el cual volvió a plegarse rápidamente para convertirse en un dispositivo más parecido a uno de los años veinte de siglo XXI.

- ¿Vamos? – preguntó Emilio.

* * * * *

Los tres recién conocidos deambularon unos minutos por aquella inmensa avenida, por donde peatones, patinetes, bicicletas, vehículos y un tranvía discurrían, de forma armoniosa. Los turismos estaban en su mayoría vacíos en los asientos delanteros. Tan solo algunos extraños individuos parecían conducir los turismos en los que iban montados. El tranvía, de color rojizo, circulaba a lo largo y ancho de la avenida, realizando varias paradas en su trayecto. Le resultaba a Nicolás sumamente sorprendente la velocidad que lograba alcanzar aquel tranvía en cuestión de minutos, siendo capaz, a su vez, de frenar prácticamente en unos segundos, sin que los pasajeros salieran despedidos por los cristales del tren. Las vías por las que discurría el tranvía tampoco parecían alterarse por los constantes avances y parones de aquella máquina. Los coches, como ya había visto por la ventana nuestro protagonista, flotaban sobre la calzada. El aire de aquel lugar, rodeado de rascacielos de infinitas cristaleras y azuladas fachadas, formando una especie de tsunami azulado que rodeaba a Nicolás de forma abrumadora; era sumamente puro. Tan puro que Nicolás parecía ahogarse momentáneamente. La clásica nube de contaminación de las ciudades de la época de Nicolás parecía inexistente en aquella Triana del año 2050.

- Tengo una pregunta. ¿Por qué el aire se ve tan puro y apenas hay contaminación? En el 2022, sobre Sevilla había una nube de contaminación, una nube gris – preguntó asombrado Nicolás, provocando la respuesta de Emilio.

- En este país no hay contaminación en aire desde los años treinta o así. Inventaron unas máquinas para filtrar el dióxido del aire y desde entonces están así de limpias las ciudades.

- Esas "máquinas" – intervino Alejandro haciendo un gesto de comillas – se llaman purificadores de CO2. Fueron inventados en el 2033 por Bill Gómez y desde entonces están por todas partes. ¿Ves aquellas torres alargadas de color gris? – procedió a señalar un gran obelisco que se alcanzaba a ver entre los rascacielos – Pues eso son purificadores. Si no fuera por ellos, no se podría vivir en la ciudad.

- Entiendo – respondió Nicolás – En mi época, las ciudades se volvían cada vez más inhabitables por culpa de la contaminación. Y, ¿por qué huele tanto a mar? ¿No se supone que estamos en Sevilla? ¡Quiero decir, en Triana!

- Porque la playa está a un par de kilómetros de esta avenida – contestó Emilio – El nivel del mar subió bastante desde los años veinte y el mar alcanzó prácticamente el área de Sevilla.

- Y, ¿qué pasó con el Aljarafe? – preguntó Nicolás.

- La parte sur quedó completamente sumergida, pero se trasladó a la gente antes de que pasara – dijo Alejandro.

- Detrás de esos rascacielos azules está la playa – completó Emilio.

- ¡Qué me dices! Bueno, podría haber sido peor. En mi época se decía que Sevilla desaparecería con la subida del nivel del mar – dijo Nicolás.

- Casi lo hace, miarma. – comentó Alejandro – Es una historia muy interesante. La subida del nivel del mar fue lo que provocó que Triana se independizara de Sevilla...

- Se te olvida mencionar el orgullo, chacho, ¡jaja! – interrumpió Emilio, causando una mala cara de Alejandro.

- Como iba diciendo – continuó Alejandro –, el nivel del mar subió tanto que Triana empezó a sumergirse a finales de los treinta. El Ayuntamiento de Sevilla quería construir unos diques sobre el Guadalquivir para evitar que eso pasara, pero los trianeros nos opusimos. Sabino Ardoz consiguió unir a los trianeros contra los tiranos de Sevilla y nos unimos, nos independizamos y tomamos nuestras propias decisiones.

- ¿Qué hicisteis al final?

- Construir diques, ¡jaja! – contestó riendo Emilio.

- Diques, pero donde nosotros queríamos, no donde decía Sevilla – respondió Alejandro – Los diques están por detrás de aquellos edificios. Y ya que el nivel del mar había subido, construimos una pedazo de playa

que más quisiera Cádiz.

- ¿Cádiz sigue existiendo? – preguntó Nicolás a Alejandro.

- Algunas ciudades, como Cádiz o Huelva se elevaron artificialmente en los treinta y ahora se puede ir a ellas en barcos – contestó Alejandro – Por todo eso, esta calle se llama Avenida del gran Sabino Ardoz, el padre fundador de la patria trianera.

- ¡Espera! – intervino asombrado Nicolás – ¿Aquí no es donde se celebra la Feria de Abril? Recuerdo esta calle.

- Celebraba – dijo Alejandro – Esa feria no existe. Ahora está la Feria de la Bahía, que celebran todos los municipios de la Bahía sevillana.

- O sea, ¿os independizáis de Sevilla, pero celebráis una feria todos juntos?

- Sí, pero al menos somos independientes y podemos decidir sobre nuestro futuro...

- Aunque – irrumpió verbalmente Emilio – todos los municipios forman un área metropolitana única, entonces tienen un concejo para las decisiones más importantes.

- ¡Qué sistema más interesante! ¿Es decir, hay áreas metropolitanas con concejos, que se combinan con ayuntamientos?

- Más o menos – contestó Alejandro –, pero la autonomía local es fundamental...

- Más que autonomía, el orgullo, como siempre pasa en este país – opinó con rostro serio Emilio – Decían que 2050 sería el futuro feminista, ecológico y vegano, y fíjate...

- Y, ¿por qué se implementó ese sistema? – preguntó Nicolás.

- Las ciudades crecieron demasiado en territorio y población, y se volvió insostenible el modelo anterior. Para los años cuarenta, casi toda la población española residía en las ciudades, por lo que el gobierno de derechas cambió el sistema anterior – contestó Emilio – Por eso, se habla solo de ciudades, que se corresponden con las antiguas capitales de provincia. O sea, siguen existiendo pueblos, pero solo viven agricultores. También se eliminaron las provincias, para perjuicio de los españoles de a pie...

- Otra cosa que me sorprende – interrumpió Nicolás – es que apenas hay

gente por la calle.

- Desde los confinamientos de los treinta – explicó Emilio –, la gente prefiere el metaverso a salir. El que pasea es por diversión o porque va al trabajo en bici. Desde que pagan por ir en bici al trabajo, se ve algo más de gente porái.

- Por eso, hay tantos anuncios de gafas vr en las pantallas esas – comentó Alejandro.

Alejandro se refería a las inmensas pantallas que colgaban de aquellos rascacielos, que reproducían de forma cíclica anuncios sobre gafas de realidad aumentada en oferta y sobre distintos equipos de ciberdeportes. Nicolás no se había percatado de la existencia de las mismas, estaba demasiado centrado en poder entender aquello que le rodeaba. Treinta años de innovación humana estaban concentrados frente a sus ojos. Resultaba imposible no sentirse abrumado. El asombro se entremezclaba con una amarga sensación de soledad. «¿Regresaré a casa?», se mantenía persistente en el hemisferio izquierdo de Nicolás, mientras que el derecho deseaba continuar explorando aquel maravilloso mundo.

- Emili, nos tenemos que ir a la uni, ¿cogemos el tren? – dijo inesperadamente Alejandro.

Capítulo 2

Emilio realizó un gesto de aprobación para responder a la pregunta de Alejandro sobre si coger el tranvía para ir a la universidad, aunque no sin antes dirigir su mirada hacia Nicolás para preguntarle.

- ¿Te vienes a mi clase, Nicolás? Puedes venir de oyente.
- ¿De qué es la clase? – respondió Nicolás.
- Tengo “Geohistoria de la España actual”. Estoy estudiando el grado en geografía e historia. El Ale estudia derecho.
- ¡Anda! Yo también estudiaba eso antes de aparecer aquí. La verdad es que el doble grado está muy bien.
- Mmm, hace ya tiempo que no es un doble grado...
- ¡En serio! ¿Entonces qué es?
- Desde los treinta, es un grado. Un geógrafo superimportante consiguió que volvieran a unir las dos disciplinas. Duarte creo que se llamaba. Lo único que el grado dura cuatro años y no tres como los demás grados.
- ¡¿Tres años un grado?!
- Sí, se acortaron para hacerlos más dinámicos y prácticos, aunque hay que hacer un máster tras ellos – intervino Alejandro, señalando acto seguido la pantalla de su teléfono donde indicaba la hora, 13.50 h – Vámonos que se nos hace tarde.
- Una cosa antes – dijo Nicolás –, ¿con qué título sales cuando acabas la carrera de historia y geografía?
- Eres geohistoriador – respondió Emilio.
- ¡Fascinante! Yo siempre pensé que ambas ciencias debían ir de la mano. Este futuro es impresionante.

* * * * *

Tras bajar del tranvía, Nicolás quedó perplejo al ver su facultad, la antigua Real Fábrica de Tabacos de Sevilla, reconvertida en una moderna, verde y

limpia facultad. El interior no había variado demasiado, salvo por algunas pantallas y hologramas en algunas esquinas. La gipsoteca, pasillo que cruzaron para llegar hasta el aula de clase, estaba prácticamente igual, salvo por algunas pantallas que sustituían a los anteriores y rudimentarios carteles junto a las estatuas, y por unos hologramas hiperrealistas que recreaban escenas de escultores y pintores realizando aquellas obras de arte. Era fascinante. Modernidad y antigüedad se habían combinado a la perfección en aquel edificio que aún mantenía su encanto. Todavía rezumaba el olor a nicotina por aquellas robustas paredes, a la par que un aroma de romanticismo y creatividad inundaba el angosto pasillo. La Universidad de Sevilla, la tan célebre y admirada, en su máximo esplendor.

Una vez llegaron a clase, Emilio procedió a sentarse en las filas de en medio de la sala. Señaló, acto seguido, el asiento que debía ocupar Nicolás. La decoración interior de la clase no variaba demasiado de la que Nicolás había conocido, esa alargada y gélida Aula V, salvo por una inmensa pantalla sin marcos que ocupaba la totalidad de la pared frente a Nicolás y por unos cómodos asientos con amplios pupitres, donde los recién conocidos se habían sentado. Al fondo de la clase, se amontonaban cajas rebosantes de libros, tabletas y lo que parecían gafas de realidad aumentada. La silla del profesor ya no estaba en un atril, estaba al raso del suelo, al raso de sus demás alumnos, todos igualados, en armonía. Entonces, llegó el profesor. Era alto, moreno, delgaducho, pero con anchas piernas, de apenas cuarenta o cincuenta años. De su cabeza tan solo brotaban ideas. Lo primero que hizo al entrar en clase fue acercarse a su mesa y colocarse aquellas futuristas gafas, cuyos cristales no tenían marcos. Tanta tecnología concentrada en un mismo espacio.

- Bien chicos – comenzó a hablar el profesor, aún de nombre desconocido –, lo primero, buenas tardes a los que estáis aquí y en casa...

- ¿Transmiten las clases online a la vez que la dan presencial? – susurró Nicolás a Emilio.

- Sí, para que cualquiera pueda asistir – contestó Emilio.

- Si recuerdan – continuó el profesor – el último día vimos el desarrollo de la Segunda Guerra de Ucrania. Les recomendé este libro – dijo mientras sujetaba un libro anaranjado entre sus manos – de Sebastián Duarte y María Jiménez, un geohistoriador y una psicóloga que desarrollaron un enfoque psicohistórico muy novedoso para entender este conflicto, “la guerra más mediática de la historia”, como la llamaba Duarte. Fueron capaces de combinar la perspectiva tradicional histórica con un enfoque más sociológico y psicológico. Por suerte, ambos siguen aún vivos y es probable que en unos días vengan aquí a hacer una charla. Ambos son de

Sevilla, como probablemente sepáis. Ahora bien, os pregunto, chicos, ¿cómo creéis que se resolvió el conflicto de Ucrania? Quiero que lo penséis unos diez minutos, podéis leer vuestros apuntes o los que os pasé.

Nada más oír aquello, los escasos diez alumnos que ocupaban aquella aula sacaron los ordenadores de sus carteras. No eran ordenadores al uso, eran dispositivos parecidos al teléfono de Emilio. Eran pequeñas pantallas que se desplegaban hasta alcanzar más de quince pulgadas. De la parte inferior, brotaba una luz que dibujaba un teclado sobre la mesa, completamente funcional. Otros alumnos, sin embargo, emplearon teclados y ratones físicos, aunque ambos de estilo futurista. Tanta tecnología a escasos metros de Nicolás. Emilio sacó de su bolsillo su teléfono, que desplegó y convirtió en una cómoda tablet, donde consultó sus apuntes. Mientras tanto, el profesor escribió unas ideas de aquella guerra en la pizarra. «¿Cuál es esa guerra?», se preguntaba internamente Nicolás, abrumado por el desconocimiento de la respuesta. Decidió, entonces, preguntarle a Emilio, quien, sin mencionar palabra, señaló una parte de sus apuntes. Se leía claramente "Segunda Guerra de Ucrania. Comienza con la invasión rusa a Ucrania el 24 de febrero de 2022 y finaliza con la rendición de Rusia el 24 de agosto de 2022". «¡No fastidies, esa guerra la viví yo!», se dijo para sí mismo Nicolás. Efectivamente, aquella Segunda Guerra de Ucrania no era más que la guerra entre Rusia y Ucrania que Nicolás nunca llegó a ver finalizar. Este hecho era una ventaja para Nicolás, ya que conoció de primera mano el conflicto, del cual, gracias a su interés por la historia, tenía una amplia información; pero también una desventaja, porque Nicolás desconocía cómo acabó aquella guerra.

- ¿Ya chicos? – preguntó el profesor, causando la afirmación con la cabeza de sus alumnos – Desde casa dicen que también, así que genial. A ver, ¿qué has pensado tú, Eduardo?

No estaba seguro, pero Nicolás pensaba que el profesor era capaz de ver a sus alumnos en casa con aquellas gafas. No tenía demasiada evidencia de ello, hasta que el profesor preguntó a una tan Estefanía y una voz ronca, pero suave, surgió de los altavoces que colgaban de la pared. El sonido era tan nítido que parecía que la chica estaba allí misma sentada.

- Creo que la guerra acabó con la rendición de Ucrania, o sea, Rusia era muy superior, así que Ucrania tuvo que rendirse. Además, Estados Unidos no hizo nada – expuso Estefanía.

- En realidad – interrumpió Nicolás mientras levantaba la mano, ansioso de contestar aquella pregunta –, Estados Unidos sí participó, al igual que

la Unión Europea, pero de forma indirecta, mediante sanciones y envío de armas.

- Efectivamente – respondió el profesor – Es muy interesante tu planteamiento Estefanía, parecido al de Eduardo y al de Cáceres. ¡Muy bien! Sobre lo de Estados Unidos y la UE, es cierto hasta cierto punto. Es muy subjetivo, quizás. Hubo apoyo, pero más verbal que real. La resistencia ucraniana se debió realmente a la capacidad del pueblo ucraniano de resistir el avance del ejército ruso. Estados Unidos mantuvo una posición ambivalente, mientras que Europa pareció más preocupada por el gas ruso que por ayudar a Ucrania.

- Entonces – interrumpió Nicolás –, obvia usted el envío de armas de última generación de Estados Unidos a Ucrania o la acogida en Europa de los refugiados ucranianos o el traspaso de alimentos desde Europa a Ucrania mediante ONG y gobiernos. Todo eso fueron contribuciones que permitieron que Ucrania resistiera. También influyó el clima, la antigüedad del ejército ruso, la fortaleza de las tropas ucranianas y demás, por supuesto.

- Veo que está muy bien informado usted, don... – contestó el profesor esperando que Nicolás se presentara.

- Nicolás Urrutia.

- ¡Vaya! Hacía años que no oía ese apellido. Bueno, prosigamos. Todo lo que habéis dicho está bien, podían haber sido posibles finales a esta guerra. Como dije ayer creo, el 24 de agosto de 2022, Rusia tuvo que rendirse, solo habiendo conseguido el Donbás y algunos territorios al norte. Recordad que Crimea había vuelto a manos ucranianas en junio, y que se encontraba totalmente asediada. Tras rendirse, Zelenski, el presidente de Ucrania, celebró el llamado Acto de la Victoria, tras el que miles de ucranianos regresaron a su país, en ese momento, totalmente destruido. Por suerte, consiguieron recuperarse en poco tiempo...

- Gracias a las ayudas de la Unión Europea y Estados Unidos – interrumpió una voz proveniente de la fila más adelantada.

- Más o menos, eso fue más un lavado de imagen que otra cosa. Si de verdad Europa y Estados Unidos querían lo mejor para Ucrania, habrían intervenido, pero eso es otro tema – continuó el profesor, mientras en aquella inmensa pantalla del fondo aparecían múltiples imágenes de la guerra – En Rusia, la situación se volvió bastante tensa, se produjeron revueltas por la humillación y la pérdida de todos los territorios ucranianos conquistados, salvo el Donbás, que pasó a ser ruso, aunque con condiciones por parte de Ucrania. Estas revueltas terminaron derrocando a Vladimir Putin e instaurando un régimen verdaderamente democrático, muy parecido al actual, aunque el de hoy contempla mayores libertades y

una estructura más federalista.

» Aquí – dijo el profesor señalando una de las imágenes de la pantalla, que amplió con unos gestos – podéis ver algunos de los sindicatos revolucionarios creados en Rusia, los cuales terminarían tomando el Kremlin y expulsando a Putin del poder. Actualmente, Putin sigue encarcelado. Según exponen algunos historiadores, los sindicatos no asesinaron a Putin para evitar que se convirtiera en un mártir, la misma estrategia que Putin siguió con Marina Ovsianikova, que fue una de las primeras voces críticas en Rusia.

» En este vídeo – expuso a la vez que se reproducía un vídeo –, podéis ver la celebración de la rendición rusa en Ucrania.

» ¡Muy bien todos los que habéis participado! Recordad que todo esto se valora para la presentación final. No os olvidéis del trabajo de esta guerra. Son un par de lecturas, un trabajito de unas cinco páginas y listo. Luego, todos los trabajos del curso los usaréis para la presentación, que supongo que estaréis cansado de hacer en todas las asignaturas – expuso el profesor, a la par que miraba la hora en la pantalla – Bueno, nos vemos mañana chicos.

Tras la despedida del profesor, los escasos alumnos ubicados en la sala procedieron a recoger sus tabletas. Nicolás se acercó a Emilio para preguntarle acerca de la clase.

- Oye, Emili, ¿todas las clases son así, con tan poca gente, el profesor tan simpático y tal?

- Sí, suelen ser así. Hay algún profesor algo más arisco, pero las clases tienen este número de alumnos. En casa, suele haber también unos cinco conectados, viendo la clase a través de las cámaras. También usan esas cámaras para ver cómo los profes dan clase. Tienen, por lo visto, un algoritmo que califica a los profesores en función de lo que se esfuerzan en dar clase ¿En 2022, no era así? También teníais clases online, ¿no?

- Más quisiera que fueran así las clases – dijo mientras reía disimuladamente – En mis tiempos, muchos profesores llegaban a clase, se sentaban en la silla y hablaban. Con suerte, ponían un estúpido powerpoint que no valía para nada. Como tenían completa libertad en clase y nadie les evaluaba ni na... ¿Y preguntar a los alumnos? Rara vez. Algunos ni siquiera resolvían las dudas. Unos putos imbéciles. Aquí os ponen vídeos, os preguntan y encima puedes ir online. Los de mi quinta tuvimos clases por Internet en 2020, cuando nos confinaron, pero tras ese año, volvieron las clases presenciales. Si no ibas a clase, no te enterabas

de nada. Y pedir apuntes, caso perdido...

- Bueno, pues sí que han mejorado las cosas, ¡jaja! Nosotros tenemos apuntes de todas las asignaturas, y las clases se graban y suben a la plataforma.

- ¡Ah!, ¿aún usáis la enseñanza virtual esa?

- No, no, usamos Google Drive desde hace unos veinte años. Funciona bastante mejor, la verdad...

Nicolás asintió, a la par que reía disimuladamente, estremecido por los abrumadores cambios cualitativos que la educación universitaria había alcanzado desde los años veinte. Profesores alegres dispuestos a conversar y debatir con los alumnos, grandes pantallas donde se reproducían vídeos y se mostraban imágenes, clases disponibles 24 horas para cualquiera que no pudiera asistir, apuntes de clase gratuitos. ¿Acaso era aquello el cielo?

Antes de abandonar la clase, aquel simpático profesor se acercó, para conversar con el nuevo chico que intervino en su clase.

- Hola, chicos. A ti, ya te conocía, Emilio, pero a ti, no – dijo el profesor señalando a Nicolás – ¿Eres nuevo, estás de intercambio o algo?

- No exactamente. He venido de oyente – contestó Nicolás, mientras Emilio terminaba de recoger el material.

- Ah, bien, bien. Veo que te interesa mucho el tema de los años veinte de este siglo, ¿me equivoco?

- La verdad es que sí me interesa mucho esa época. La conozco bastante bien... – respondió, mostrando una tímida y débil sonrisa.

- Pues, si os apetece, mañana hay una conferencia sobre los años veinte. Comienza a las 11.00h, en el Aula don Sebastián Duarte, al fondo del pasillo que hay justo al entrar por Doña María de Padilla. Si queréis, pues ya sabéis – expuso el profesor, aún de nombre desconocido, a la vez que mostraba una natural sonrisa.

- Allí estaremos. ¡Hasta mañana!

Tras esta breve conversación con aquel simpático profesor, Nicolás quedó aún más fascinado por aquella Triana futurista en la que había desembarcado sin saberlo. El placer de descubrir tanto avances positivos hizo olvidar, al menos momentáneamente, a nuestro protagonista el dolor de haber perdido su hogar y a su familia. La amabilidad y hospitalidad de Emilio fue lo único que ayudó a Nicolás a mantenerse en pie, aguantando con firmeza las estocadas que constantes pensamientos de tristeza y amargura le azotaban.

No habían abandonado aún la clase cuando pasó, por al lado de la mesa de aquellos chicos, ella... La misma chica de ojos verdes y cabello dorado con la que Nicolás había soñado nada más quedar inconsciente aquel fatídico 24 de mayo. Nicolás se apresuró a preguntar por el nombre de la chica. Emilio, rápidamente, se giró a ver cómo aquella chica abandonaba el aula a cámara lenta, con paso firme y decidido.

- ¡Acho, esa es la Alexa! No está buena ni ná – dijo entusiasmado Emilio a su compañero.

- Necesito conocerla... – respondió Nicolás, incapaz de apartar la mirada de tan dulce dama. Su silueta dibujaba una curva, pero delgada, línea. Sus piernas alargadas y perfiladas, armoniosamente separadas entre sí, daban paso a un torso definido, de prominentes senos y estrecho hombros. Parecía ser la mismísima Atenea quien desfilaba por el amplio pasillo de mesas que conducía a la salida de clase.

- Pues lo llevas claro, muchacho. Aquí la llamamos la inalcanzable, no hay chico que se la ligue y mira que lo intentan... No hay manera. Es muy suya, según dicen las malas, pero sabias, lenguas.

- Amigo mío, las cosas son inalcanzables hasta que se alcanzan – contestó Nicolás, mientras guiñaba un ojo a su compañero.

Nicolás avanzó, con velocidad, hacia la chica, con la confianza en sí mismo por las nubes tras aquella conversación con su amigo. Sin embargo, nuestro protagonista nunca había sido un galán. Su incompetencia en esta disciplina, la del ligoteo, que tan pocos consiguen dominar, era tan evidente, que hasta ahora ninguna chica se había acercado lo suficiente a Nicolás para enamorarse de aquel genio pensante. Cuando se acercó lo suficiente, Nicolás tocó el hombro de la chica, que estaba a punto de

abandonar el aula.

- Hola, soy Nico – le dijo a la chica con voz temblorosa. El corazón se le estremeció a aquel joven que jamás pensó llegar tan lejos, pero estaba ante la chica de sus sueños, quizás ella tenía las respuestas que Nicolás necesitaba. Las gotas de sudor empezaron a bajar por su rostro, sorteando, por fortuna, sus ojos y boca.

- Buenas, yo soy Alexa – respondió ella, con la misma voz que Nicolás recordaba. Una voz dulce y acaramelada, tierna, pero firme.

- ¿Quieres... – Nicolás se quedó en blanco por unos segundos. «¿La invito a tomar algo o hago cómo que necesito clases particulares? ¿Qué hago ahora? Ya es tarde para echarse atrás...», se dijo a sí mismo, mientras la chica lo miraba con un rostro de desconcierto.

- ¿Quieres algo? Por cierto, ¿te conozco?

- Mmmm, no estoy seguro. ¿Quieres venir conmigo a una conferencia sobre los años veinte? – escupió rápidamente Nicolás, sin esperanza por triunfar. «¿Aceptaré? Seguro que no», se repetía en su interior en bucle.

- Vale, ¿por qué no? – respondió la chica con una sonrisa en el rostro – Hasta mañana, Nico – Alexa se giró y continuó su camino a la salida, no sin antes giñar un ojo a Nicolás.

Capítulo 3

- Le dije que si quería venir conmigo a la conferencia y esa, y respondió que sí. Me guiñó un ojo y todo. Yo creo que le gusto – dijo Nicolás con emoción.
- Solo te digo que andes con ojo, que esa es muy suya, te lo digo yo – respondió Emilio, menos entusiasmado que su compañero.
- No va a pasar nada, idiota. Solo vamos a ir a una conferencia – contestó Nicolás, mientras sonreía y disfrutaba de aquel dulce momento.
- Anda come ya. Tenemos filete y ensalada de grillos.
- ¡¿Grillos?! ¡Puaj! Prefiero el filete. ¿De qué es?
- De laboratorio...
- ¿Cómo de laboratorio? No entiendo.
- Ah, vale, es que el tema de la comida ha cambiado mucho. Hoy en día se fabrican filetes artificialmente en laboratorios, mediante impresoras 3D. Se hacen con fibras vegetales y se le añaden proteínas y vitaminas para que aporte más. Y los grillos, pues son de granja. Hay granjas donde se crían grillos, cucarachas, larvas y eso. Están muy ricos y tienen muchas proteínas. Además, son baratos y eso. Parece una tontería, pero gracias a los insectos se pudo alimentar a la población mundial en 2030, cuando se superaron los diez mil millones de personas en el mundo.
- ¡Qué interesante! – tras responder, Nicolás dio un bocado a aquel filete transgénico servido ante él – ¡Mmmm! Pues está bastante bueno.
- Y es más barato y saludable que los de tu época, ¡jaja!
- Otra cosa, ¿por qué criais los grillos en granjas? En mi época, comían insectos en Asia, China, sobre todo, pero no necesitaban granjas.
- En 2030, no había granjas, pero los insectos se extinguieron en 2035, entonces se construyeron fábricas. Si te has dado cuenta, no hay ningún insecto ni abejas en la ciudad. Se crearon robots capaces de polinizar, que reemplazaron a las abejas. Eso, además de las plantas alteradas artificialmente para ser más resistentes, permitió que la calidad de vida en la Tierra mejorara a partir de los años cuarenta. Anda, come, que se

enfría.

* * * * *

- Buenos días, Emilio – dijo Nicolás, que sujetaba aquella taza cobriza con su mano izquierda, a la par que daba pequeños sorbos de forma esporádica. Con la otra mano, Nicolás sujetaba la tablet que Emilio le había prestado anoche, antes de dormir.

- Hola – respondió Emilio mientras bostezaba y empezaba a abrir sus ojos llenos de lagañas - ¡Qué madrugador! – continuó, a la vez que cogía una taza y se preparaba un café – ¿Estás tomando café?

- No, chocolate. No me gusta el café, ijaja!

- ¿Cómo has sabido prepararte el chocolate? No recuerdo haberte enseñado... – comentó sorprendido Emilio.

- Fácil, probando botones y mirando el libro de instrucciones.

- Ah, chico listo, ijaja! – prosiguió el sonriente Emilio, aún con sueño, cambiando de tema – ¿Qué tal has dormido?

- Francamente, ¡bien! La cama es muy muy cómoda.

- Me alegro. Esta noche me han metido un anuncio más raro. Creo que era de un traje de esos de realidad aumentada. ¡Qué cosa más fea! Era como rojo y azul...

- ¿Te han metido un anuncio? – respondió Nicolás, extrañado.

- Ah, mierda, no tienes el chip...

- ¡¿Chip?! ¿En el cerebro?

- Sí. Hace unos años salió un chip cerebral, que permite controlar la domótica de la casa, escribir el ordenador con la mente, grabar lo que ves con los ojos y cosas así. Está bastante bien. Es gratuito, pero te meten anuncios por las noches.

- ¿Y no te molestan esos anuncios?

- No, son anuncios como si fueran sueños. Está cool. Eso sí, no le preguntes a Alejandro qué opina, es muy conspiranoico, ijaja!

Nicolás estaba tan concentrado en su “no cita” con la chica de los ojos verdes, Alexa, que no se mostró apenas sorprendido por descubrir la existencia del susodicho microchip implantado en el cerebro de su amigo. Tras acabar aquel succulento chocolate, Nicolás cogió la tablet y se marchó. Emilio se quedó en el piso, puesto que sus clases comenzaban más tarde. Con fortuna y alguna equivocación, nuestro protagonista consiguió llegar a la universidad usando aquel veloz tren, que le recordaba constantemente el momento en el que llegó a aquel lugar. Por suerte para Nicolás, la universidad contenía pantallas táctiles en el interior, donde podía consultar el plano, actualizado, al contrario que en la época de Nicolás; de las aulas y despachos de la universidad. Fue fácil ubicar aquella aula, donde Alexa esperaba. Al llegar, el sudoroso y tembloroso Nicolás se apoyó sobre el marco de la puerta de caoba que daba acceso al aula. Las puertas no parecían haber variado respecto a 2022, tan solo por pequeñas manchas de pintura ligeramente diferente al oscuro tono original de la puerta, probablemente debidas a recientes restauraciones. Incluso parecía estar una parte de esas manchas aún fresca. Concentrado en el olor de aquella pintura marrón, Nicolás no se percató de la llegada de Alexa, tan sonriente como siempre.

- ¡Hola! ¿Qué tal? – comenzó la conversación Alexa.

- Eehh... Bien... Y, ¿tú? – Nicolás era incapaz de completar las frases sin tartamudear. La mera presencia de la chica era suficiente para que la parte racional del cerebro de Nicolás se apagara por completo, provocando que las palabras discurrieran con dificultad por su garganta.

- Eso es bueno, ¿nos sentamos dentro?

Los chicos pasaron al interior. Se sentaron en la fila central de aquella alargada y graduada sala. Desde allí, desde centro de la sala, ambos dos podían contemplar a la perfección la gran pantalla que ocupaba la pared de enfrente, delante de la cual, se posicionaba una gran mesa de cedro rojo, firme y robusta, más que el propio Nicolás, incapaz de iniciar una nueva conversación, con la respiración trabada y con el rostro empapado del oloroso sudor que desprendían las glándulas del joven enamorado.

Pasadas las 11.05 h, llegaron los conferenciantes, el profesor de ayer y una mujer, mayor, de pelo corto y canoso. Desprendía un aroma a conocimiento y sabiduría, incertidumbre y firmeza. Dichoso quien conociera lo que esos ojos han visto suceder durante décadas en aquel ocioso mundo en el que Nicolás estaba perdido. La conferencia comenzó,

obviamente, con la presentación de ambos ilustres personajes. El profesor tenía por nombre Juan Carlos López, un reconocido profesor titular de aquella universidad, especialista en la "Geohistoria actual", tal como él mismo decía. La mujer era Lola Sánchez, catedrática de "Geohistoria de la España contemporánea", sumamente conocida entre las altas esferas de la sociedad trianera de la época. Una mujer culta e inteligente donde las hubiera, la primera catedrática en completar diez investigaciones en menos de un lustro, como a ella le gustaba mencionar en repetidas ocasiones.

La conferencia comenzó en la década de 2020, analizando los eventos más destacados de esa década, desde la pandemia del covid-19 hasta la gran recesión pospandémica. Era emocionante observar como aquellos célebres expertos se dejaban llevar por la emoción de la geohistoria, la pasión de entender el presente y el pasado, de poder, incluso, adivinar el futuro más inmediato. Sin embargo, Nicolás se quedó boquiabierto contemplando a aquella chica de ojos verdes sentada a su lado. Intentaba disimularlo, pero era difícil no mantener la mirada fija, observando cada poro de su esculpido rostro, desde sus delineados y simétricos labios hasta su achatada nariz, sin obviar aquellos deslumbrantes ojos de iris verdes, con el toque justo de azul para alcanzar un color singular. Nicolás intentaba evitarlo, dirigir su mirada y atención hacia los conferenciantes, mas fácilmente volvía a caer en la tentación. Alexa parecía estar envuelta en el aura de misterio que tanto apasionaba a Nicolás y que, hasta ahora, solo había observado en los ficticios personajes de las series que veía en Netflix, apurando hasta el último minuto antes de irse a dormir.

Alexa se percató de la persistencia de Nicolás, aunque prefirió, según parece, ignorarlo. Ella siguió centrada en aquella emocionante conferencia, apuntando en su cuaderno táctil, una especie de tableta que simulaba a la perfección el papel que Nicolás había conocido. Tras mucho tiempo contemplando a la chica, Nicolás decidió prestar algo de atención a la conferencia, la cual iba a concluir dentro de poco.

- Hablemos ahora – intervino Juan Carlos, redirigiendo la anterior conversación de las potencias económicas del momento hacia un nuevo tema – del conflicto palestino-israelí. Sin duda, el gran conflicto armado de los años treinta.

- Efectivamente – continuó Lola – Es más, yo diría que fue, teniendo en cuenta las consecuencias, uno de los grandes eventos de la historia. Por un lado, resolvió la problemática entre ambos países. Por otro lado, cambió el paradigma de las relaciones internacionales. Aún recuerdo aquel 2031, cuando comenzó la guerra. Los misiles discurrían a uno u otro lado

de la frontera. Las imágenes eran escalofriantes.

- Para nuestra fortuna, como historiadores claro, tenemos una gran cantidad de material gráfico de aquella época. Si te parece Lola, comienzo haciendo una breve introducción – comentó Juan Carlos, mientras Lola asentía – El 15 de noviembre de 2031, mientras se celebraba el Día de la Independencia en Palestina, el Estado de Israel asaltó una urbanización palestina situada en la frontera con Cisjordania, con el pretexto de atajar un nuevo brote de Sars-CoV-4, el virus que había assolado al mundo entero durante 2030. Ante este ataque, los palestinos, que aún estaban divididos en Gaza y Cisjordania, atacaron militarmente a Israel, pero cada territorio por su propia cuenta. Yo creo, personalmente, que en este asunto está la clave para comprender el éxito abrumador de Israel.

- Hay que añadir, también, la inacción de los países árabes, aquellos que armaron y promovieron los ataques palestinos contra Israel hasta que se produjo la guerra de verdad. Entonces decidieron no intervenir, causando una masacre desproporcionada.

- En cierta forma, la respuesta del ejército israelí fue proporcional a los ataques palestinos, que alcanzaron incluso las afueras de Jerusalén, el centro neurálgico de Israel..

- Se le olvida mencionar – le interrumpió Lola, quien empezaba a acalorarse – los intereses de Estados Unidos, potencia en declive, por aquel conflicto. Tengo la cifra aquí – apartó la mirada hacia la tableta que tenía en la mesa y leyó un par de líneas que tenía escritas – Israel gastó aproximadamente novecientos millones de euros en aquella guerra, que, además, fue la excusa perfecta para el gobierno de Shimon Netanyahu para aumentar el gasto en defensa, modernizar el ejército israelí y reforzar la relación con Estados Unidos.

- Como se puede ver en estas imágenes – dijo Juan Carlos, señalando las imágenes que aparecían a lo largo y ancho de aquella pantalla –, Gaza y Cisjordania quedaron totalmente devastadas, al igual que aproximadamente un tercio del territorio israelí. El material militar palestino aportado por los países árabes de alrededor principalmente – comentó mientras miraba a Lola, que hizo un gesto de contrariedad – hizo añicos cientos de hogares.

» Finalmente, el conflicto concluyó apenas un mes de iniciarse. Israel decidió integrar el territorio palestino definitivamente e incluir a las familias palestinas dentro del Estado israelí. La actuación del país proeuropeo ha sido muy cuestionada, pero esta acción frenó las hostilidades en los alrededores de Israel, permitió que los países árabes normalizaran sus relaciones con Israel, con la mediación de Estados Unidos; y que Gaza y Cisjordania se convirtieran en zonas prósperas

dentro de Israel, actual economía número diez del mundo.

- ¿A costa de qué? De que Palestina perdiera su completa identidad cultural y política...

- ¿Identidad política? – le interrumpió Juan Carlos – En Palestina, nunca se desarrolló un verdadero sistema político. Los dirigentes eran tiranos dependientes de los países árabes, los cuales solo velaban por sus propios intereses.

- Los ciudadanos palestinos están escasamente integrados en el sistema político de Israel. Sus símbolos religiosos, que algunos consideran de forma poco acertada extremistas, han sido prohibidos en favor de "la libertad", según dicen los políticos israelíes. A su vez, el voto palestino solo se permitió en el 2041, cuando los israelíes desarrollaron el "sistema de gestación sin padres", o sea, cuando se aseguraron de que los palestinos nunca les ganasen en número. ¡Palestina libre! – concluyó Lola entonando esa última frase con más efusividad y emoción, acalorada por aquella intensa conversación.

- Bien, damos por concluida la conferencia de hoy. Si tienen alguna duda, pulsen el botón rojo a su izquierda.

Nicolás quedó asombrado ante la efusividad de aquella profesora. La firmeza de sus palabras y su capacidad para desmontar los argumentos de Juan Carlos eran impresionantes. Aunque no concordaba con la ideología personal de Nico, las palabras de Lola se quedaron marcadas a fuego en la memoria de nuestro protagonista, no tanto por el contenido, sino por la motivación latente detrás de cada argumento. «¿Y si este es mi verdadero hogar? Tienen un sistema educativo mejor, las ciudades están más limpias y los historiadores parecen más motivados que en mi época. Igual no debo regresar...», se dijo para sí mismo.

La efusividad de la conferencia hizo olvidar a Nicolás a Alexa por un momento, la cual pareció molestarse por ver que el chico había apartado la mirada de ella. Tratando de recuperar la atención, Alexa apoyó su mano sobre el hombro de Nicolás, lo que hizo que este se girara de inmediato y comenzara a ruborizarse rápidamente.

- ¿Nos vamos para afuera? – preguntó Alexa a la par que sonreía.

- Sí, claro – respondió Nicolás que ahora sonreía y se ruborizaba

simultáneamente.

- Oye, ¿qué vas a hacer en las vacaciones de la colonización? – comentó Alexa ya en el exterior de la universidad.

- Eehh... No te entiendo. ¿La colonización de América dices?

- No, tonto, las vacaciones de la colonización, ya sabes, cuando se formó la primera colonia humana permanente en Marte... – replicó tan sonriente como siempre.

- Ah, sí, claro, perdón me había confundido, ijaja! – contestó Nicolás, sin entender nada – Pues no sé...

- Si quieres, te puedes venir conmigo a la capital. Me voy a la casa de mi familia.

- Eehh... Vale...

Tras aceptar, Alexa agarró un bolígrafo de su bolsillo, el primero que Nicolás veía desde que llegó a Triana, y escribió en la palma de la mano de Nicolás una dirección y una hora. "La Rábida 12 mañana", decía.

- Hasta mañana, guapo – concluyó Alexa, no sin antes darle un beso en la mejilla a Nicolás, quien quedó petrificado, viendo Alexa se alejaba por la Calle San Fernando, fundiéndose en la distancia con la línea del horizonte visible entre los edificios que poblaban el centro de Sevilla.

Capítulo 4

SEGUNDA PARTE. MÁLAGA. CAPÍTULO CUARTO. DE CAMINO A LA NUEVA CAPITAL

Allí estaban aquellos dos jóvenes, Nicolás y Alexa. El primero, perdidamente enamorado y confundido a partes iguales, deseoso de conocer más a la chica que se encontraba en el asiento de al lado en aquel turismo sin conductor. El segundo, la chica de ojos verdes, sonriente como siempre, entusiasmada por su regreso a la casa familiar, pendiente, eso sí, de las miradas que Nicolás que le dedicaba cada cierto tiempo. «Es imposible apartar la mirada, es tan guapa y lista...», se decía para sí mismo en bucle Nicolás, mientras se deleitaba con el aroma a fresas que desprendía la joven.

Tal como Alexa había comentado el día anterior, los jóvenes se vieron en la Calle de la Rábida, situada a espaldas de la universidad, a las 12.00h. Desde ahí, partió el taxi que Alexa había pedido la ocasión. Para sorpresa de Nicolás, el vehículo carecía de conductor. Bastaba con solicitar en la app un vehículo para que este discurriera hasta ellos. Al acceder al vehículo, los jóvenes pudieron disfrutar de unos cómodos y reclinables asientos, ideales para el viaje que les esperaba, más corto de lo que Nicolás recordaba. La presencia de la joven, sumado a la excesiva velocidad que alcanzaba aquel vehículo autónomo en carretera, hizo que el viaje fuera tan fugaz como los pétalos de un diente de león un día de viento.

- Bueno, ¿emocionada por ver a tu familia y eso? – comentó Nicolás, acabando con el silencio presente en el ambiente.

- La verdad es que sí. Hace que no nos reunimos mil. Verás que grande estará ya Jaimito... – contestó mientras sonreía, pensando en aquella familia a la que pronto vería.

- ¡Guay! Ellos no tienen problema porque me quede, ¿no?

- No, no, no te preocupes, les dije que iría con alguien especial... – dijo ella. El ambiente volvió a tensarse. Alexa y Nicolás fueron conscientes rápidamente de lo que aquellas palabras significaban. «¿Qué ha querido decir con eso?», se preguntaba para sí mismo el joven.

- ¿Especial? – continuó Nicolás con una risa floja y un corazón más palpitante que de costumbre.

- O sea, sí... Eres mi... amigo especial – respondió Alexa, también nerviosa y temblorosa, sin saber a ciencia cierta si había salvado la situación o la había empeorado. Difícil saberlo cuando ni siquiera sabía que sentía por el recién conocido chico.

Tras las palabras de Alexa, Nicolás comenzó a reír forzosamente, provocando que Alexa también riera, más por incomodidad que por felicidad. Las palabras resultaron desconcertantes para la recién iniciada amistad. Nicolás aspiraba a más, a conocer a Alexa, de la que parecía estar enamorada. Tampoco olvidaba el joven que quizás Alexa tenía las respuestas que él necesitaba, tal vez ella conocía la forma de volver a casa, aunque nuestro protagonista estaba cada vez menos convencido de su ambición inicial de regresar a casa. «¿Y si este es mi nuevo hogar?», se repetía una y otra vez Nicolás, mientras su corazón se dividía entre su familia y la joven. Bienaventurados aquellos que disfrutan tanto del ocioso amor que olvidan el pasar de los días, pues aquellos serán los únicos que habrán vivido como se debe.

* * * * *

- ¡Hola! – dijo entusiasmada Alexa nada más entrar en ese piso, en pleno centro de Málaga, cerca de la Avenida Cervantes y el Parque de Málaga.

De las habitaciones adyacentes al salón salieron dos jóvenes, rubios y de ojos verdes como Alexa, aunque sin el aura de misterio que desprendía a diestro y siniestro la joven.

- ¡Hey, hola! – respondieron, emocionados, los dos jóvenes al unísono. Uno de ellos era bastante joven, de poca estatura y delgado, mientras que el otro, que parecía más mayor, era un tanto más alto, de brazos y piernas más robustas, y torso perfilado.

- ¿Este es tu amiguito? – preguntó el mayor, a la par que mostraba una sonrisa pícaro.

- Eeh... Sí... ¡Mi amigo! – contestó Alexa, menos sonriente y más nerviosa – Este es Lorenzo – señaló al joven de mayor edad – y este, el pequeño Jaimito. Chicos, él es Nicolás.

- Hola – intervino Nicolás a la vez que saludaba, avergonzado ante tal

panorama.

- Vamos a picotear algo, ¿no? – continuó Lorenzo.

- Venga, vamos – dijeron Alexa y Jaime al unísono. Nicolás, en cambio, agarró del brazo a Alexa para retrasarla y conversar con ella en privado. Alexa ante tal situación se ruborizó rápidamente, aunque intentó ocultarlo fingiendo que tenía calor.

- Oye, Ale, ¿y vuestros padres?

- ¿Padres? ¿Qué dices? – respondió Alexa confundida.

- En plan, vuestros padres, los que os cuidan y eso.

- Ah... No, padres no tenemos.

- ¡Ups! Lo siento – comentó Nicolás con rostro más serio, temiendo lo peor.

- ¿Lo siento? En plan, no tenemos padres porque nacimos con el “sistema de gestación sin padres”. ¿Tu sí tienes padres? – preguntó realmente asombrada Alexa.

- Sí... Es que soy de campo, entonces no entiendo de esas cosas – intentó salir del paso Nicolás, sin suficiente confianza para contar la verdad.

- Ah, entiendo. Pues ya sabes, no tenemos padres, porque nos fabricaron en un laboratorio mediante óvulos y esperma donados. Todos nosotros provenimos de los óvulos de una misma mujer, por eso somos hermanos. Nos criaron juntos cerca de aquí, por eso decidimos comprar esta casa entre todos, aunque yo voy cada semana a Sevilla para estudiar. Venga, vamos a comer preguntón – respondió Alexa mientras empujaba a Nicolás hacia el fondo del salón, donde se encontraba esa amplia cocina.

Tras pulsar varios botones, se colocó casi por arte de magia el desayuno sobre la mesa de mármol que presidía la sala. Sobre el plato, unas tostadas de algo que parecía mantequilla y unos chips extraños esperaban a que Nicolás decidiera hincarle bocado. Los tres jóvenes comenzaron una de esas típicas conversaciones familiares en la mesa, preguntándose mutuamente sobre los exámenes y el trabajo. A la par, Nicolás aprovechó para buscar más información sobre ese sistema que Alexa había mencionado en la tableta que Emilio le había prestado. Con algo de dificultad, Nicolás desempolvó digitalmente una vieja noticia, donde decía

textualmente:

"Hoy, cuatro de enero de 2041, ha concluido definitivamente la Gran Pandemia de Gripe de Escorpión, que ha provocado dos mil millones de muertos en todo el mundo y la extinción de los insectos, además de profundas inestabilidades políticas por todo globo. En China, incluso ha habido intentos de reimplantar una dictadura comunista. Por fortuna, las tropas democráticas de la nación asiática han conseguido contener a los golpistas.

Otro grave problema de esta terrible pandemia ha sido la drástica reducción de los nacimientos, lo que, sumado a la reducción de las parejas con hijos, ha puesto en jaque al planeta entero, mientras África ha completado exitosamente su Gran Revolución Verde, radicando la pobreza extrema. Para salvación de la humanidad, científicos de cuarenta países diferentes, entre ellos, Ruanda, España, Finlandia, Estados Unidos, Israel, China, Rusia y Alemania; han desarrollado el 'sistema de gestación sin padres', que permitirá crear nuevos niños en laboratorios.

El sistema, disponible ya en todos los países participantes desde el próximo mes de febrero, se sustenta en grandes reservas de óvulos y espermatozoides suministrados por donantes. Los espermatozoides se combinan con los óvulos para crear niños, que se incuban en robots que simular la vagina de una mujer. Se crearán niños en dúos y tríos, para estos tengan compañía. A su vez, se han instalado distintos orfanatos por todo el mundo, donde cuidadores y una Inteligencia Artificial diseñada por científicos israelíes se encargarán de velar por la educación de los niños, hasta que estos alcancen la suficiente edad para independizarse. Esta será la gran salvación de la especie humana. La mayor revolución demográfica de la historia ha llegado. ¡Nos aguarda un gran futuro! Fdo. Lola".

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Nicolás, desde los pies a la cabeza y viceversa. "Niños creados en laboratorios", la gran sorpresa que el futuro había reservado para Nicolás. Para él, resultaba desconcertante y fría esa forma de sustentar artificialmente la especie humana. En cambio, aquellos tres jóvenes no parecían en absoluto preocupados por no tener padres. «Quizás es cuestión de acostumbrarse», se dijo para sí, tratando de asimilar la información recién leída. La genialidad humana y la frivolidad también humana entremezcladas en un invento que permitió salvar a la especie humana.

- Oye, ¿tú qué te cuentas?, que no dices nada, ijaja! – interrumpió la reflexión de Nicolás el joven Lorenzo, deseoso de saber con quién deambulaba su hermana en la ciudad sevillana.

- Pues poca cosa... Bonita casa. Yo vivía en un piso parecido con mi familia en Sevilla.

- Ah... en la antigua capital, ¡jaja! – comentó Jaime con desdén, causando la risa grotesca de su hermano.

- ¿Antigua capital? – respondió confundido Nicolás.

- Lo dicen por lo de que Sevilla dejó de ser la capital de Andalucía – intervino en su ayuda Alexa.

- Ah, vale, no lo había entendido bien – dijo Nicolás tratando de disimular su desconocimiento sobre las últimas tres décadas de cambio, forzando una risa desafinada.

* * * * *

Llegada la noche, Alexa indicó a Nicolás que él dormiría en la otra cama de la habitación del fondo, junto a ella, en la misma habitación. Nicolás, que aún andaba desazonado por tan copiosa cena y por aquella noticia que había leído a la hora de comer, apenas se percató de lo que la propuesta de Alexa podía significar. Juntos en la misma habitación, mientras Jaime y Lorenzo descansaban plácidamente en la habitación al fondo del pasillo, lo suficientemente lejos para que ningún ruido lograra alcanzar la habitación de los hermanos. Nicolás, tras excusarse al urinario, se aproximó a la habitación donde dormiría esa noche.

Sin ni siquiera llamar, Nicolás abrió la puerta, causando que Alexa, que se encontraba completamente desnuda, se apresurara a taparse con las sábanas de su cama. Nicolás reaccionó un segundo después, cubriéndose los ojos y abandonando abochornado la habitación. Alexa se quedó en el interior, petrificada por la vergüenza y por un extraño hormigueo que se le extendía por todo el cuerpo, especialmente intenso en la zona más erógena. Aunque el suceso fue breve, Nicolás fue capaz de contemplar a aquella chica sin ropa. Sus voluminosos senos, su ancha cadera y sus perfiladas piernas habían quedado al descubierto ante los ojos de tan enamorado joven.

Detrás de la puerta, en el pasillo, permaneció Nico unos instantes, recreando constantemente lo que sus pupilas habían sido capaces de captar en cuestión de segundos. La vergüenza y la excitación se entremezclan de forma inusual en el chico, aún con las piernas

temblorosas. Nicolás decidió, entonces, regresar de nuevo al baño, intentando hacer tiempo hasta que Alexa terminara de vestirse. Allí, estaba sentado sobre la taza de porcelana del retrete, mirándose así mismo en el espejo que colgaba de la pared, sin poder olvidar el cuerpo desnudo de su amada secreta. Secreto porque ella parecía no sospechar nada sobre que Nicolás estaba completamente enamorado, tanto que era incapaz de apartar la mirada de ella. La idea de volver a casa se volvía cada vez menos deseada.

Nicolás agarró su miembro, erecto desde aquel suceso, y comenzó a masturbarse, reproduciendo en su mente las escenas eróticas que ansiaba recrear con Alexa. Se imaginaba a la chica de ojos verdes tumbada en su cama, envuelta de rosas, desnuda ante Nicolás, quien se deslizaba sutilmente sobre la chica, introduciendo su miembro con delicadeza para iniciar así un acto sexual, que pronto se volvería enérgico y vibrante. Ambos jadeaban, completamente excitados, disfrutando de aquel momento tan deseado, al menos por una de las partes. El sexo no concluía sin un acalorado beso entre ambos, tras finalizar los dos la tarea asignada. Nicolás terminó, aunque solo en aquel baño, mientras esas escenas ficticias abandonaban la mente perversa del joven para perderse en el mar infinito del olvido.

- ¿Se puede? – dijo Nicolás desde el lado exterior de la puerta del cuarto de Alexa, mientras llamaba con delicadeza.

- Sí, pasa Nico.

- Hola... – saludó Nicolás, aún sonrojado y abrumado – Siento lo de antes, pensaba que estabas en el salón o algo...

- No te preocupes, sé que ha sido sin querer. Aquí – continuó acercándole ropa a Nicolás – tienes ropa por si quieres cambiarte. Es mía, pero son tallas grandes, así que te valdrá. Lo digo porque estarás más cómodo. Pero vamos, como quieras...

- Ah, gracias – respondió a la vez que agarraba la ropa – Así no me arrugo la ropa, ijaja!

Acto seguido, Nicolás se dirigió hacia la cama donde iba a dormir. Tapándose con poca eficacia con una manta de la cama, se cambió de ropa, dejando a un lado los vaqueros azules y la camiseta verde agua que portaba, reemplazándolos por un pantalón de chándal gris, bastante ajustado, y una sudadera color naranja butano. Nicolás podía sentir como la mirada de Alexa se clavaba sobre él incesantemente, sin apenas

parpadear, deleitándose con los músculos de Nicolás que era capaz de ver a través de la manta. Una vez concluyó de cambiarse, Alexa apartó rápidamente la mirada y disimuló estar leyendo un libro que portaba en sus manos. Nicolás se giró de nuevo hacia Alexa, mientras preparaba la cama para dormir.

- Oye, ¿eso es un libro? Creo que el primero que veo desde que llegué...

- ¿Desde qué llegaste? – preguntó extrañada Alexa.

- Del campo digo. ¿Qué lees? – salió del paso apurado Nicolás.

- Se llama "La Maldición de Keops", de Emilio Tomás, era un genio en los años veinte del siglo XXI...

- Ah, me suena, creó que he leído alguno suyo. De hecho, lo conocí en persona – comentó sonriente.

- ¡Qué guay! Ojalá poder conocerlo. Creo que aún vive en Murcia. A ver si viene para la feria del libro de aquí.

- Bueno... ¿Qué te cuentas? ¿Te mola la carrera?

- La verdad es que sí. Me apasiona la psicomedicina.

- ¿Psicología? Pensaba que estudiabas historia, como estabas en la clase...

- No, no, estaba acompañando a una amiga, aunque fue una clase muy interesante. Tú, ¿estudias también?

- Nop, pero me gustaría. Lo mismo me apunto un día de estos a la uni.

- Guay, nunca es tarde para estudiar. Es raro que nunca te haya visto por Sevilla, porque a tu amigo sí que lo he visto muchas veces. ¿No vienes mucho a Sevilla?

- Pues... Es un poco complicado – respondió Nicolás, tembloroso e indeciso. «¿Se lo cuento o no? Igual piensa que estoy loco o tiene las respuestas que busco. ¿Qué hago?», se dijo para sí – Te voy a decir la verdad...

- Vale... – comentó Alexa extrañada y desconcertada a pares.

- No soy de aquí...

- Eres del campo dijiste.
- No, no soy ni del campo ni de Sevilla ni de Málaga ni de nada. Vamos, que no soy de este año...
¿Cómo?! ¿Eres un viajero en el tiempo? Pensaba que aún no era posible...
- Yo estaba tranquilamente en 2022, cuando me caí por las escaleras y aparecí en Triana treinta años después, al lado de Emilio y Alejandro, mis dos amigos, aparte de ti, claro.
- ¡Qué fuerte! – respondió completamente asombrada la joven, que, aunque confundida, parecía comenzar a aceptar el hallazgo científico que suponía aquella historia.
- Lo mejor es que te vi justo cuando me caí por unas escaleras, pero al cerrar y abrir los ojos de nuevo, ya no estabas, por eso pensé que igual tú sabías algo...
- Creo que no puedo ayudarte, no te conocía hasta el otro día. Lo siento...
- No te preocupes, ya descubriré que pasó. De mientras, disfruto del futuro que no está nada mal, ¡jaja! – se rieron ambos al unísono, ella, por confusión y pavor, y él, por incomodidad – Cambiando de tema, ¿qué es eso de la psicomedicina? En mi época, eran ciencias aparte.
- Pues básicamente es entender la medicina desde una perspectiva psicológica. No hay demasiada diferencia con la psicología normal, salvo por el enfoque más sanitario.
- ¿Y qué es lo que más te gusta dentro de ese campo?
- Sin duda, las pandemias. Es interesantísimo, aunque también terrorífico, claro, ver como cambió el mundo. Las conductas sociales se alteraron tras cada ola. Yo diría que la peor pandemia fue la Gran Pandemia de la Viruela del Escorpión. Toda una calamidad...
- He leído algo sobre eso, pero no entendía muy bien qué fue.
- Ah, claro, si vivías en 2022, no viviste las tres pandemias de los veinte y treinta.
- ¡Tres! No jodas...
- Sí, tres, hasta 2042. La primera fue la pandemia de la Viruela del Mono, desde 2023 a 2025. Después, el SARS-CoV-4, desde 2030 a 2031. Y, finalmente, la Gran Pandemia de la Viruela del Escorpión entre 2035 y

2041. Desde 2042, no ha habido ninguna pandemia más.

- ¿Por qué hubo tantas pandemias tan seguidas?

- Porque las ciudades crecieron tanto que los animales terminaron ocupando los espacios baldíos, causando que los virus animales pasaran a las densamente pobladas ciudades, y porque se derritió el hielo ártico, provocando que se liberaran virus prehistóricos altamente letales, como el de la Viruela del Escorpión, que transmitían esos insectos y afectó a todas las especies del planeta. Fue una "extinción vírica", por así decirlo.

- Y, ¿por qué desde 2042 no ha habido más pandemias? – preguntó interesado.

- Con la gran pandemia, los gobiernos obligaron a todos sus ciudadanos a vacunarse y se fumigaron ciudades enteras, provocando que muchos virus desaparecieran. Además, se descubrieron las curas de algunos virus que podían provocar potenciales pandemias. También influyó el que los insectos desaparecieran tras la gran pandemia, a consecuencia del cambio climático y las fumigaciones.

- Dios... ¡Qué movida! Pues no veas de la que me he librado, ¡jaja! – rieron los dos de forma conjunta.

- Ya te dije, es un tema interesantísimo...

- ¡Qué rarita eres! – contestó con picardía Nicolás, sin esperar la respuesta de Alexa, que se mostraba totalmente liberada de la incomodidad inicial.

- Sí, pero soy tu rarita... – acto seguido, guiñó el ojo derecho a Nicolás, quien quedó petrificado ante el dardo tan certero, recibido de Alexa.

Capítulo 5

CAPÍTULO QUINTO. DESPEDIDA EN LA PLAYA

Al despertar, Alexa se notó diferente. Aún recordaba con persistencia el suceso de anoche. Nicolás, su "amigo especial", por accidente, la había visto desnuda. Lejos de asustarse, Alexa se sentía emocionada. El cosquilleo permanecía todavía, especialmente en torno a su sexo, el cual se encontraba más húmedo de lo normal. Alexa se despertó unos minutos antes que Nicolás, que descansaba tranquilamente en la otra cama, a pocos metros de la joven. No pudo apartar la mirada del prominente bulto que sobresalía de la cama de Nicolás, a la altura de los genitales. «¿Habrás soñado conmigo? Dios...», pensó para sí Alexa, embobada, mirando el paquete del joven a través de las sábanas. El corazón se le aceleraba cada vez más, recordando el suceso de anoche, el cosquilleo, ese placer que Alexa jamás había sentido. Entonces, de forma casi instintiva, la joven deslizó suavemente su mano hacia sus genitales, por debajo de la ropa interior. No sabía ni lo que hacía, pero quería. Cuidadosamente, colocó su dedo corazón e índice sobre su clítoris, y comenzó a realizar suaves y continuos movimientos circulares. El hormigueo regresó, con potencia, distribuyéndose rápidamente por todo el cuerpo de la joven, que ya empezaba a retorcerse de placer, soltando, incluso, un sutil gemido. Continuaba tocándose, mientras miraba insistentemente a Nicolás, tumbando plácidamente sobre la cama, con su prominente miembro completamente erecto. «¡Oh sí, oh sí!», susurraba Alexa para sí, a la par que bajaba aún más los dedos, para introducirlos en su húmeda y esponjosa vagina. El índice, el corazón y el anular, todos dentro de ella, rozando el punto sagrado, haciendo que Alexa se moviera sin parar, de placer, hasta finalmente culminar, soltando tras ello una sutil lágrima, que cayó sobre la almohada.

Entonces, Nico se despertó. Entreabrió sus ojos lo suficiente para ver la cara de placer de Alexa, que aún no se había percatado de él. Rápidamente, Alexa regresó a la realidad y lo vio. Intentó disimular, poniendo rostro serio y metiendo aquellas olorosas manos debajo de las mantas de la cama.

- ¡Buenos días, dormilón! – comentó Alexa, intentando comprobar el grado de consciencia de su amigo, el cual, evidentemente, había estado suficientemente despierto para verla retorcerse durante unos segundos en su cama, moviendo deliberadamente la mano por debajo de las sábanas.

- Buenas... – respondió con un ojo abierto, tratando de fingir que apenas estaba despierto – ¡Uaah! – bostezó, mientras se incorporaba en la cama,

ya sin el miembro erecto – ¿Comemos algo, Ale?

Tras levantarse Nicolás, Alexa se incorporó y le indicó, sin abandonar aún la cama, que podía irse a la cocina para desayunar junto a sus hermanos mientras ella iba al baño, en teoría, a vaciar la vejiga a primera hora de la mañana. Nicolás accedió y se giró hacia la puerta, marchándose lentamente. Alexa se terminó de incorporar y procedió a levantarse, cuando tropezó con las sábanas que se habían enredado en su pierna, precipitándose sin rumbo hacia el suelo. Por suerte, Nicolás, tan rápido como un rayo, consiguió coger a Alexa antes de que tocara el suelo, agarrándola de los brazos. «¿Estás bien?», le dijo él, a lo que Alexa respondió asintiendo. Nicolás la ayudó a incorporarse, machándose en el proceso la mano, que quedó impregnada del olor del sexo de su amiga. Nico, nada más acercar su mano a la cara ya en el exterior de la habitación, notó el fuerte olor a vagina. Dedujo, acertadamente, que la cara de placer de Alexa no se debía a un buen sueño durante la noche, sino a un placentero despertar. Las hormonas de Nicolás se descontrolaron, provocando una erección involuntaria, que le obligó a excusarse al baño que quedaba libre, el situado en el pasillo. Allí, en el baño, Nicolás procedió igual que el día anterior, masturbándose con energía, agarrando su pene mientras se restregaba la olorosa mano por la nariz, alcanzando una elevada excitación que le hizo terminar pronto, con la mala fortuna de que el esperma cayó sobre sus pantalones, los pantalones grises que Alexa le había dejado. Intentó limpiar la mancha con agua y papel, pero el olor se mantuvo.

A la par, Alexa, en el baño de su habitación, se limpió los restos de su aventura mañanera. «¿Te gusta él o no? Tienes que decirle algo», le dijo a su reflejo en el espejo, iniciando una breve, mas intensa, conversación personal, que concluyó sin respuestas. Aquella sensación era totalmente desconocida para Alexa, acostumbrada a ignorar a los chicos que se le acercaban deseosos de comprobar que se ocultaba tras las sudaderas anchas que portaba casi todo el año. ¿Estaba enamorada? ¿Lo estaba Nicolás? Ninguno supo responder a estas preguntas, al menos por el momento.

* * * * *

Concluido el desayuno de Donuts Glacé y bombones de chocolate de la “Bélgica marciana”, tal como ponía en el envoltorio del paquete, que Nicolás alcanzó a ver; Alexa propuso salir a dar un paseo, para disfrutar de la soleada y medianamente calurosa mañana. Sin embargo, Lorenzo y

Jaime, sospechándose que algo se cocía entre Alexa y Nicolás, decidieron no ir, alegando tareas pendientes. Nicolás, pensativo aún por el evento de la mañana, aceptó sin saber que no estarían acompañados, que volvería a estar solo junto a Alexa. Al salir de casa, Nicolás aterrizó definitivamente en la realidad, dándose cuenta de lo que significaba aquel paseo. La respiración se le aceleró. La tensión era palpable en el ambiente. Alexa, dubitativa sobre si Nicolás la había visto masturbándose, prefirió guardar silencio, al menos durante los minutos iniciales del paseo. Nicolás, confundido por sus sentimientos acerca de Alexa, eligió la misma opción.

Caminaron, muy cerca el uno del otro físicamente, pero alejados espiritualmente, por toda la Avenida Cervantes hasta alcanzar la Fuente de las Tres Gracias, donde una gran muchedumbre se concentraba. Se oían gritos y megáfonos que ensordecían a todos los viandantes de la avenida. A su vez, unas luces de alta potencia, de colores diversos, se movían verticalmente de forma aleatoria, llegando incluso a alcanzar a Nicolás, quien quedó cegado por unos instantes. «¿Nos acercamos a ver qué es?», propuso Alexa, recibiendo la pronta aceptación de Nicolás, ansioso por romper definitivamente la tensión latente en el ambiente.

- ¡No a Marte! ¡Queremos a la Tierra! – gritaba la muchedumbre al unísono, mientras una joven de pelo morado, voluminosa y de escasa estatura, dirigía al público con un megáfono.

- ¡No a Marte! ¡Qué se entere el Zuckerberg! – intervino la joven, causando el silencio absoluto entre los demás, deseosos de escuchar a la que parecía la líder – Desde los años cuarenta, el señor Zuckerberg y su séquito de políticos sumisos han gastado nuestro dinero!, en financiar sus proyectos de colonización. Y, por si fuera poco, quieren hacernos creer que han salvado a la Tierra. ¡No a los mentirosos! ¡Queremos nuestro dinero! – gritó, provocando que el público retomara el vocerío.

- No sabía – le dijo al oído Nicolás a Alexa – que había manifestaciones de la colonización de Marte.

- No suele haber muchas manifestaciones – contestó ella en su oído – desde que instalaron cámaras en todas partes, por el 11S.

- ¿11S? – continuó Nicolás extrañado.

- Sí, el 11 de septiembre de 2037. Fueron los atentados del CIL, Catalunya i Libertat, o algo así... un grupo terrorista separatista, que colocó tres bombas en los metros de Sevilla, Madrid y Barcelona, causando miles de muertos. Desde entonces, el gobierno español ha

cubierto todas las ciudades de cámaras y policías.

- ¡Dios mío!

- ¡No entendéis nada, panda de imbéciles! – interrumpió a grito limpio un señor mayor, de pelo canoso, espalda encorvada, pero capaz de sostenerse aún en pie sin ayuda de nada – Marte ha salvado la Tierra de su propia destrucción.

- ¡Tú qué sabrás, viejo! – escupió la joven de pelo morado.

- En Marte, están las fábricas y las granjas que no queremos en la Tierra – continuó mientras se sentaba cansado en el borde del arriate de la fuente – Gracias a la minería espacial, han desaparecido las guerras por las materias primas, permitiendo que el mundo se desarrolle mucho más rápido que hasta entonces. ¿De dónde te crees que salen las piezas para ese teléfono que llevas en el bolsillo? Os falta tanto por aprender...

- Miles de millones de dinero público han sido invertidos en la exploración espacial, ¿a cambio de qué? De qué los muy ricos se hayan enriquecido aún más, de que la Tierra esté cada vez más vacía y que las economías terrestres de los países que no han emprendido la carrera espacial se vean forzadas a la terciarización. El PIB en el mundo desciende cada día más, mientras que el de Marte crece. ¿Qué futuro nos queda en este planeta?

- Un futuro más apacible y menos contaminado, señorita – respondió con desdén – Las vacas ya no están hacinadas a las afueras de los pueblos contaminando el agua potable ni se destruyen ecosistemas completos para extraer recursos naturales.

- ¿Menos contaminación? La carrera espacial ha generado y genera millones de metros cúbicos de dióxido, que solo conseguimos mitigar con purificadores dispuestos a diestro y siniestro en las ciudades. Desde hace una década no se respira aire puro en la Tierra...

- ¡Esto es aire puro! Más que el que había en mi época. Las ciudades brotan vida, vegetación y aire. La carrera espacial ha salvado a la Tierra, frenando en seco la destrucción de la naturaleza.

- A corto plazo, bien, ¿y a largo plazo? Conocemos una parte tan pequeña del espacio que es imposible predecir las consecuencias de la exploración espacial...

- ¡Sandeces!

- Sandeces, no. ¡Hechos! El futuro será cada vez más aterrador. Cuando encontremos una civilización superior, que lo haremos, nos

arrepentiremos de haber perdido el tiempo explorando el cosmos. Cuando la vida en la Tierra se vuelva insostenible, también nos arrepentiremos, pero será tarde, porque dejamos escapar la oportunidad de cambiar el sistema. ¡No a Marte! – gritó provocando el reinicio del vocerío, mientras el señor contemplaba ensimismado aquella protesta, que consideraba ampliamente estúpida. Ni la joven del pelo morado ni el señor de pelo blanco estaban dispuestos a entender al otro, a dialogar abiertamente sin imponer su punto de vista. Era una lucha titánica, condenada al más fracaso absoluto.

- ¡Vaya tonterías dices, jovencita! – replicó el señor, que empezaba a levantarse para marcharse de aquel bochornoso lugar – ¡Esta juventud está perdida con gente así! ¡Marte es la verdadera salvación, idiotas! Sin la exploración especial, el único planeta que nos quedaría sería una Tierra completamente esquilada, inhabitable. Esta juventud ha dejado de valorar lo que yo y mi generación construimos de la nada. Un mundo nuevo para que vosotros podáis gritar como chimpancés. ¡Vergüenza debería daros!

- ¡Márchese ya, Armstrong de pacotilla! – gritó una voz anónima, provocando que se retomara el vocerío por parte de todo el grupo – ¡Vete de aquí! – comenzaron a increpar al señor aquellos revolucionarios, desencadenándose una pelea que adquirió violencia pronto, obligando a la policía a intervenir.

Por fortuna, Alexa y Nicolás se marcharon del lugar antes de iniciarse la intervención policial, buscando recuperar la tranquilidad y el silencio inicial en el Parque de Málaga. Caminaron tranquilamente por el Paseo del Parque, en solemne silencio, contemplando la variopinta flora que rodeaba aquel camino. Nicolás se fijó especialmente en algunos tipos de árboles, de color rojizo, de tronco ancho y corto, y poco frondosos en su copa. Debajo de ellos, en una pequeña pantalla, era capaz de leer "Olea martiae".

- Oye, ¿te apetece comer algo en el McTaco que está a la altura de Plaza de la Marina? – cortó el incómodo silencio Alexa, cuyo estómago empezaba ya a ulular.

- Mmmm... vale – contestó Nicolás.

Al llegar al local, los jóvenes se sentaron en las mesas centrales. En la mesa, se proyectaban unos hologramas fotorrealistas de la comida disponible. Entre hologramas, se encontraba una pantalla donde se podía ver la carta completa. Mientras Alexa miraba la carta, Nicolás se fijó en los

autómatas que discurrían de forma constante por los pasillos, repartiendo platos a todas las mesas del local.

- Este sitio parece el híbrido entre Taco Bell y McDonald's, ¡jaja! – dijo mientras reía Nicolás.

- En realidad... Así es. El segundo compró al primero en los cuarenta y entonces crearon la cadena de comida rápida McTaco. Está guay, porque tienen hamburguesas y tacos... ¡Hay mucho donde elegir! – respondió la risueña Alexa.

- Ah... Pues, entonces, yo creo que voy a pedirme... – comentó a la par que miraba de reojo la pantalla donde estaba desplegada la carta – un Big Quesarito. ¿Y tú?

- Una Grand McQuesadilla Extrem. Cada día ponen nombres más largos y difíciles... – concluyó Alexa, a la vez que pedía por la pantalla.

* * * * *

Durante el almuerzo, el silencio volvió a reinar. Gracias a Dios, en la pantalla, se podían reproducir películas gratuitamente. Reprodujeron en el dispositivo "Vengadores: Newgame", una especie de remake al estilo indio de la película de superhéroes que marcó un nuevo paradigma en la industria cinematográfica. Al menos, "Newgame" era entretenida, aunque poco destacable. La trama demasiado superficial y centrada en exceso en los desvaríos sexuales de su protagonista, que ya no era un hombre alto y rudo, sino una joven musculada, de estatura media.

Cuando casi estaban a punto de terminar, Alexa se excusó unos minutos al baño luego de que su teléfono hiciera sonar esa melodía veraniega que indicaba una llamada entrante. «Ahora vuelvo», le dijo ella, a lo que Nicolás respondió asintiendo la cabeza. Tras regresar del baño, el rostro de Alexa se había vuelto más serio. La sonrisa que le había acompañado gran parte del paseo había desaparecido. Ni siquiera se terminó el plato. Dio vueltas y vueltas a la comida, pensativa. Nicolás le preguntó.

- Hey, ¿te ocurre algo? Estás más seria que antes...

- No, no, no te preocupes, estoy bien – respondió la chica, intentando ocultar el mensaje que había recibido en aquella llamada. «¿Cómo le cuento ahora esto? Será el fin de todo...», se preguntaba para sí misma, desconcertada y aterrorizada a partes iguales – ¿Nos vamos ya? Yo ya he

terminado – concluyó Alexa.

De nuevo en la calle, Alexa condujo a Nicolás, que miraba con extrañeza a la joven de rostro serio, hasta playa. Allí, Nico fue incapaz de apartar la mirada de unos grandes molinos que se encontraban repartidos a lo largo y ancho de la orilla del mar. Estos molinos no eran nada parecidos a los típicos molinos manchegos sobre los que nuestro protagonista había leído en el Quijote. En su lugar, eran estrechos, blancos y de aspas delgadas, que se giraban lentamente por la fuerza del viento. Se asemejaban a los molinos modernos de viento que Nico había visto en los alrededores de Écija.

¿Y estos molinos? – intervino Nicolás señalando uno de ellos.

- Son para drenar el agua. Los instalaron cuando subió el nivel del mar, pero también construyeron varias presas más al fondo – respondió ella desganada – ¿Nos sentamos aquí?

- Vale... ¿Seguro que estás bien? Pareces triste – se preocupó.

- La verdad es que no estoy bien. Antes, cuando me han llamado por teléfono, me han dicho... – entonces, empezó a llorar enérgicamente. Nicolás, desconcertado, la acercó a su hombro, tratando de consolarla.

- ¿Por qué lloras, Ale? ¿Está alguien mal? Puedes contarme lo que sea...

- No, no es eso – continuó mientras se incorporaba y secaba las lágrimas con las manos, tratando de hacer un esfuerzo titánico por contarle toda la verdad al precioso chico que se postraba ante él – Es complicado de entender...

- No te lo calles más, dímelo, por favor.

- Resulta que la mujer que donó los óvulos de los que nacimos mis hermanos y yo tenía nacionalidad catalana, entonces, el Estado catalán nos considera catalanes y han hecho un llamamiento a sus ciudadanos para regresar al país. Un llamamiento obligatorio! – retomó el llanto.

- Pero, ¿por qué os obligan a regresar? Si todo es España, ¿no?

- No. En el 2038 Cataluña se independizó de España y, poco después, el País Vasco, junto a media Navarra. El Gobierno español entregó en guerra con las provincias, pero después de los atentados del 11S fue imparabile la ruptura.

- ¿Y por qué el Gobierno español permite esto? O sea, no os pueden obligar a volver.

- Es parte de un acuerdo de reinicio de las relaciones diplomáticas entre España y Cataluña – respondió con desprecio, a la par que se secaba las lágrimas que todavía discurrían por su rostro por efecto de la gravedad – Mañana tenemos que coger un tren con destino a la frontera.

- ¡Joder, qué putada! – comentó Nicolás estremecido.

Nicolás sentía que su corazón se paraba. Se le vino entonces a la mente una frase clásica del gran genio Luis Cernuda, que decía así: «No es el amor quien muere, somos nosotros mismos». No era el amor lo que se marchitaba con la inesperada separación, sino ellos mismos. Alexa lloraba desconsolada, incapaz de asimilar la noticia. Nicolás intentó aguantar las lágrimas, tratando de demostrar firmeza ante la dolorida Alexa, aunque también se sentía completamente roto por dentro. ¿Qué futuro le esperaba a aquella amistad? ¿Sería el fin?

Capítulo 6

El día de la despedida fue sumamente trágico. Alexa sollozaba de forma insistente, mientras Nicolás permanecía inerte, sin vida, viendo cómo el amor de su vida se alejaba en aquel ruinoso tren. Eran las 8.00h cuando Alexa y sus hermanos llegaron a la estación, para coger el tren con destino a la frontera hispano-catalana. Nicolás, por supuesto, los acompañó, todavía aturdido. Se autoconvenció de que era una broma, de que aquello no pasaría, de que su ángel de la guarda no se iría para siempre a miles de kilómetros de él. Era el fin de esa entrañable amistad que comenzaron días atrás, que fácilmente provocó el enamoramiento de ambas partes, aunque nunca dijeron nada, esperando al momento ideal para confesarle al otro sus sentimientos, sin saber que ese momento no llegaría, al menos ese día, el día de la gran despedida. El estridente aullido del tren marcó el adiós definitivo. Sin esperanza de volver a verse jamás, sin ilusión de revivir esas animadas tardes de paseo.

Se marchitaba un amor sin florecer. ¿Es acaso la tristeza parte del sentimiento amoroso? ¿Están todas las relaciones destinadas de forma cuasi divina al dolor? El amor es esa sensación capaz de absorber a cualquier persona de la realidad, transportarla al paraíso de los placeres y del ocio, aunque también conlleva constantes sufrimientos, que ponen a prueba ese amor y que, con gran facilidad, terminan marchitando lo que una vez fue una relación. Enténdaseme, yo, al igual que Nico, no odio el amor, lo necesito. Esa relación tóxica con el amor es la que da sentido a la vida. La existencia no se justifica sin la sensación de disfrute y regocijo que transmite el amor en su punto álgido. Por supuesto, el punto decrece, pero el ocio, no. Aquel que sienta amor verdadero, ese amor que tan solo algunos ilusos y otros luchadores consiguen, jamás dejará de sentir el placer del amor terrenal, en esencia, tangible e infinito en el tiempo. El amor verdadero no se marchita jamás. Perdura en la línea temporal hasta el fin de nuestros días. Por ello, encontrar el amor verdadero no es cuestión menor. Solo existe una persona indicada, una media naranja, un alma gemela. Encontrarla requiere tal destreza que la mayoría perecen por el camino. Nicolás la había encontrado, Alexa era su alma gemela. No necesitó ni besarla ni tocarla, tan solo verla. El amor se siente a través de la mirada, a través de los tejidos que cosen los sucesos del día a día. Nico y Alexa, Xani. Un amor verdadero, que Barcelona quiso separar. Sin embargo, Nicolás no era un derrotista, no pensaba rendirse. Alexa era la razón por la que había renunciado a regresar a casa. Por ello, debía recuperarla, fuera como fuese. Pero, ¿cómo? Por suerte, el destino se guardaba aún un as bajo la manga para reconciliar ese amor separado.

Completamente vacío por dentro, Nico no supo qué hacer tras ver al amor de su vida marcharse en aquel tren. Decidió acudir al McTaco donde Alexa recibió la fatídica noticia. Allí, sentado sobre la mesa que ocuparon el día anterior, Nicolás empezó a llorar disimuladamente, tratando de ocultar su aparente tristeza. Miró los platos de la carta hasta encontrar la Grand McQuesadilla Extrem, que le recordó inevitablemente a su amada. Entonces, se oyó entrar a alguien al local, prácticamente vacío a aquellas horas. Nicolás levantó la cabeza y la vio a ella, a una mujer mayor, de pelo corto y canoso, de largas piernas, que desprendía un inconfundible aroma a inteligencia y elegancia, acrecentado por las gafas y el libro de papel que portaba al entrar. Inconfundiblemente, aquella mujer era la reconocida catedrática Lola Sánchez, a quien Nicolás había conocido en aquella fascinante conferencia en Sevilla. Lola pasó por la mesa de Nicolás, pudiendo ver de cerca las lágrimas que brotaban de los ojos del chico.

- Oye, ¿estás bien, chico? – dijo preocupada Lola.

- Sí, no se preocupe, tan solo un día duro... – respondió mientras se secaba las lágrimas – Usted es... Lola Sánchez, ¿verdad?

- Exacto, ¿nos conocemos? Su cara me es bastante familiar...

- No, o sea, yo la conozco a usted, porque presentó una conferencia en la Universidad de Sevilla hace unos días. Mi más sincera enhorabuena por la conferencia. Fue muy interesante.

- Gracias, me alegra que le gustara, don... – contestó, haciendo una breve pausa para que Nicolás mencionara su nombre.

- Nicolás Urrutia, Nico para los amigos – comentó parcialmente sonriente.

- Su nombre me suena bastante. Lo he oído yo antes, pero ¿dónde? – se preguntó retóricamente Lola – Bueno, no importa.

- ¿Qué te ocurre, Nicolás?

- Nada, me he tenido que despedir de una buena amiga...

- ¡Qué me dices! – dijo Lola mientras se sentaba a la mesa y agarraba a Nicolás de la mano – ¿Qué le he pasado a tu amiga?

- Resulta que tiene nacionalidad catalana y le han obligado a volver. Han hecho un llamamiento. Yo me he tenido que quedar aquí, solo.

- Vaya por Dios, como a la Julia. ¿Sabes qué? Te voy a ayudar a volver con tu amiga.

- No se preocupe, no tiene por qué – intentó denotar modestia, aunque la posibilidad de ingresar en Cataluña para encontrarse con Alexa hizo que el corazón de Nicolás volviera a palpar.

- Insisto, te ayudaré. Tienes que reencontrarte con ella.

* * * * *

Nicolás siguió a aquella mujer sin hacer demasiadas preguntas. No tenía nada que perder. Su interior estaba completamente vacío, pues su corazón se había marchado con Alexa. Lola lo guio por unos estrechos callejones del centro de la ciudad, provocando que se desorientara rápidamente. Caminaron durante un aproximado de veinte minutos hasta llegar a un lúgubre callejón sin salida, escasamente iluminado, en cuyo fondo se alzaba una misteriosa casa de color marrón, con al menos tres plantas. La calle estaba completamente vacía. Tan solo se oía el aullido de un perro, que los miraba fijamente a través de la ventana de la segunda planta de la casa. Lola se aproximó a la puerta negruzca que daba acceso al interior y dio dos golpes secos. Velozmente, la puerta se abrió y salió a recibirlos una anciana, de pelo largo y canoso, de tez blanca como la nieve y con gran cantidad de arrugas por todo su cuerpo.

- ¿Quién es? – dijo la anciana asomando la mitad de su rostro por detrás de la puerta.

- Hola, Julia, soy Lola. ¿Tienes un momento?

- Vale, pasad – respondió mientras abría parcialmente el portón.

Lola y Nicolás se adentraron en la oscura casa, siguiendo a Julia, que los condujo hasta lo que parecía el salón de aquella colosal vivienda. Sobre un polvoriento y maltrecho sofá negro se sentaron Lola y Nicolás, a la par que Julia se acomodó en un sillón situado a la derecha de ellos.

- Dime qué quieres, Lola – intervino con impaciencia Julia.

- Mira Julia, este es Nicolás – respondió señalando a Nico – y necesita entrar en Cataluña para ver a una amiga. Es muy importante.

- ¡Puf! Buena suerte para entrar allí... Desde que se independizaron,

aquello es un búnker.

- Sí, pero tú sabes cómo entrar.

- No, no sé cómo entrar. No quiero ni entrar yo y me están obligando.

- Sí lo sabes.

- A ver, ilumíname – dijo con desdén y soberbia Julia mientras se incorporaba para escuchar a su amiga.

- Nicolás se puede hacer pasar por tu difunto hijo. Así entraréis los dos y nadie sabrá nada.

- ¡Qué sandeces dices! Mi hijo lleva fallecido dos años y apenas se le parece a este chico.

- Ha fallecido en España, en Cataluña no lo saben, porque es un país diferente. Yo creo que si le ponemos una boina da el pego.

- Eso jamás pasará. Sus huellas no coinciden, su firma, tampoco. ¡Nos arrestarán a los dos! – comenzó a vociferar enfadada la anciana.

- Me ha dicho un amigo que no os piden huellas ni nada. Solo tenéis que llevar el pasaporte electrónico catalán que os dieron hace años.

- Lo sigo viendo demasiado arriesgado...

- Por favor – interrumpió Nicolás a punto de llorar –, ayúdeme, necesito entrar en el país. El amor de vida está allí. ¡Por favor! – repitió arrodillándose ante la anciana – Le pagaré lo que sea.

- Ay, el amor... – respondió Julia – Yo me enamoré hace muchísimos años y fíjate... A Málaga me vine nada más ni nada menos. ¡Qué tiempos aquellos! Todos los días parecían de color de rosa. Fuimos de las pocas parejas que tuvieron hijos ese año...

- ¡Por favor, ayúdeme, tengo que recuperarla! – contestó Nicolás, arrodillado, completamente derrotado, con lágrimas deslizándose por su rostro, sin fuerzas para tan siquiera levantarse.

- Mmmm, vale, te ayudaré, pero tienes que aprender todos los datos sobre mi hijo antes de mañana por la mañana, por si te preguntan. A las 9.00h, tenemos que coger el tren a Cataluña, así que ponte las pilas.

- ¡Lo haré! No se preocupe por nada – dijo entusiasmado, a la par que se

incorporaba velozmente – ¡Gracias de corazón!

* * * * *

A la mañana siguiente, Nicolás y Julia pusieron rumbo a la estación, no sin antes despedirse de Lola, que prefirió quedarse en la ciudad.

- ¡Muchísimas gracias! Le debo la vida – le agradeció Nicolás a Lola.

- No tienes por qué darlas. Y no me llames de usted, apenas tengo setenta tacos, ¡jaja! – se acercó sonriente a Nicolás para abrazarlo – Me alegra muchísimo haberte sido de ayuda. Ojalá todo vaya genial. ¡Mucho ánimo con la chica!

- ¡Gracias de corazón!

- ¡Venga, vámonos, que perdemos el tranvía hasta la estación! – gritó apresurada Julia.

- Venga, ve con ella. Ten mucho cuidado, Nico.

- Lo tendré – contestó Nicolás, guiñándole el ojo derecho.

- ¡Uy! Toma esto – dijo mientras le entrega un teléfono antiguo, con teclado físico y una pantalla diminuta – Si necesitas salir de allí, llámame, está mi número guardado en los contactos.

- Vale, ¡muchas gracias! – contestó Nico a la par que se marchaba en dirección a la parada del tranvía.

El tranvía llevó a Julia y Nicolás hasta la estación, donde esperaba un tren igual de lúgubre que en el que había marchado ayer Alexa. En la puerta del mismo, esperaba el que parecía el revisor. Un tipo alto, de espalda ancha, bastante robusto, con rostro serio. Vestido con uniforme militar, portaba un parche de la bandera de Cataluña con el triángulo azul y la estrella blanca, símbolo del independentismo catalán. Julia y Nicolás se acercaron al soldado. La anciana sacó de su bolso una tableta donde se mostraban los pasaportes, el suyo y el de su difunto hijo, cuya identidad había sido suplantada por Nicolás. El guardia los miró concienzudamente, cada mísero detalle fue analizado por esos ojos azules. Nicolás comenzó a tensarse. El sudor empezó a brotar de sus glándulas, manchando su rostro al instante. Al sudor le acompañó un muy visible temblor de

piernas, que llamó la atención del soldado.

- ¿Estás bien chico? ¿Te ocurre algo? – le preguntó el soldado, con rostro serio y actitud desconfiada.

- Sí... sí... es solo que me duelen las piernas – respondió Nicolás, intentando salir airoso de aquella situación.

- ¿Seguro? Estás temblando – insistió el soldado – ¿Cómo se llama joven?

- Marcos Arnstein, señor – contestó Nicolás con gran nerviosismo.

- ¿Su fecha de nacimiento?

- El 5 de noviembre de 2030

- Vale... Parece todo en regla – continuó mirando cada mísero de los pasaportes.

- ¡¿Nos va a dejar pasar ya o qué?! Lleva media hora mirando el dichoso documento. ¡Vamos, qué se hace de noche! – le escupió Julia, desesperada ante la insistencia del soldado.

- Cállese señora. Todo bien. Pueden pasar – dijo el soldado, abriendo la puerta del vagón y haciéndose a un lado para dejarles pasar.

- Gracias. ¡Por fin! – replicó indignada Julia.

- ¿Cómo has sido capaz? Yo estaba muerto de miedo... – susurró al oído Nicolás a Julia ya sentados en las butacas asignadas.

- Me estaba poniendo muy nerviosa. ¡Qué tío más pesado! Además, cuanto menos dudes, menos sospechan – comentó la anciana con una estrecha sonrisa en el rostro.

El viaje fue eterno. Nicolás comprobó la hora de forma constante durante todo el trayecto. Los minutos parecían no pasar. 9.10h, 9.21h, 9.38h, 9.41h... No podía parar de mirar la hora, deseando que aquel trayecto de cinco horas y media concluyera lo antes posible, desesperado por ver a su amiga, al amor de su vida. Alexa, sin conocer el arriesgado plan de Nicolás, aguardaba desanimada y cansada en Barcelona. Ya había completado su primer día en tierras catalanas, pero sus heridas seguían igual de abiertas que el día anterior. La marca dejada por Nicolás en su corazón era imposible de borrar. Ni tan siquiera de ocultar frente a sus hermanos, profundamente dolidos por haber sido obligados a abandonar su vida y amigos para mudarse a aquella maloliente ciudad, inundada de

fábricas y parcialmente destruida por los enfrentamientos entre el CIL y el Estado español, tal como Alexa le había contado al joven Nicolás durante el desayuno del día anterior a la despedida. Los enfrentamientos armados causaron no solo destrucción, sino una cantidad abrumadora de muertos, con la consiguiente recesión económica, que hundió la economía catalana a cifras no vistas desde la Edad Media. Ahora, aislada de Europa, sin capital económico ni población, la cual había emigrado masivamente a España y Marte, Cataluña se había hundido en una profunda anarquía y crisis económica perpetua. La pobreza era visible por todas las calles del país. Los centros turísticos habían sido, ahora, convertidos en botellódromos y grandes mercados de droga al aire, la poca droga que aún quedaba en circulación en aquella época. El sueño, tan ansiado por muchos, de la independencia se había convertido en una profunda y existencial amargura, pero ya no había marcha atrás. El destino de Cataluña estaba en manos de la fortuna.

La independencia de Cataluña obligó al Estado catalán, gobernado por un tirano comunista de nombre Carles Torra, a construir fábricas por todo el país, intentando recuperar los niveles de desarrollo perdidos. Resultó insuficiente, pero permitió mantener, al menos a corto plazo, al gobierno en el poder. Sin embargo, impidió la automatización de la economía catalana, forzándola a emplear una gran cantidad de mano de obra humana, la cual escaseaba en aquellos momentos por la emigración y las bajas sufridas durante la Gran Guerra Independentista, tal como la osaban conocer los políticos catalanes. Esto obligó al gobierno a realizar un llamamiento a todos sus ciudadanos, estableciendo para ello un ventajoso acuerdo con el Estado español, al que se le prometió una parte interesante de los beneficios futuros de Cataluña. El plan catalán era que estos ciudadanos ocupasen los puestos de las fábricas, sin saber que ello generaría un gran malestar entre la población catalana, desilusionados por el resultado de la independencia. Precisamente en estas fábricas, trabajaba Alexa, completamente coaccionada por los soldados colocados por el gobierno en todas las esquinas de Barcelona. Fuera de la capital y las grandes ciudades, el control de gobierno era sumamente escaso. Aun así, la delincuencia y el tráfico de drogas era una constante en la Cataluña independiente. «¿El sueño o la pesadilla de la independencia?», se podía leer en diversos carteles del centro de la ciudad, sobre todo junto a la todavía inconclusa Sagrada Familia.

Capítulo 7

CAPÍTULO SÉPTIMO. UNA LLEGADA INESPERADA

Al llegar a Barcelona, Julia y Nicolás fueron conducidos por un soldado hasta un bloque de pisos muy próximo a la Casa Milà, el icónico edificio barcelonés, obra del genio Antoni Gaudí, que lucía una fachada completamente deteriorada, parcialmente destruida por la munición y los misiles lanzados contra la ciudad. La iluminación era prácticamente nula, lo que generaba un ambiente sumamente tétrico en aquellas calles. A falta de iluminación, cientos de cámaras y soldados se repartían por todas las esquinas. Imposible delinquir sin ser observado por el Gobierno central, quien controlaba vía militar la ciudad, uno de los escasos enclaves que permanecía bajo el poder de Carles Torra. Hasta el piso 3B derecha, de aquel inmueble de viviendas del distrito del Ensanche de Barcelona, fueron dirigidos Julia y Nicolás. «Esta es la casa donde viviréis, cedida por el gran Gobierno de la República Independiente de Cataluña para su disfrute», les dijo con voz grave y rostro serio el soldado antes de marcharse, no sin antes hacerles entrega de los turnos de trabajo. De 8.00h a 9.00h, de lunes a domingo, sin apenas descanso. Los derechos laborales parecían haber desaparecido en una cada vez más anárquica Cataluña.

En el interior de aquel piso, los muebles eran tan escasos como los electrodomésticos y las camas. Tan solo se encontraba una cama de pequeño tamaño y un incómodo sofá totalmente resquebrajado. No había ni televisión ni microondas ni aquellos futuristas electrodomésticos que Nicolás había contemplado ensimismado en casa de Emilio, antes de abandonar la cómoda Triana donde había despertado. Únicamente, se hallaba en aquel piso un frigorífico plateado. La comida, según figuraba en los turnos de trabajo, se entrega exclusivamente a las 14.00h y a las 21.30h. Durante el resto del día, imperaba el ayuno forzoso. Por suerte para ambos, en el frigorífico quedaban restos de comida, que parecían aún estar en estado aceptable. Ambos se sentaron en aquel hundido sofá para saborear esos asquerosos restos, antes de marcharse a dormir. Nicolás cedió la cama a Julia, quien padecía dolores crónicos de espalda desde la muerte de su hijo. Mirando hacia el ruinoso techo de la habitación, tumbado en el sofá, sin poder dormir, con un intenso malestar en todo su cuerpo por la incomodidad del sofá, Nicolás imaginó el reencuentro con su querida Alexa, un reencuentro de ensueño, donde la intensa contaminación de la ciudad y el putrefacto olor desaparecían momentáneamente. Nicolás se acercaba a Alexa, le agarraba de la cintura y le daba el tan ansiado beso de amor.

A la mañana siguiente, un soldado abrió la puerta del piso aproximadamente a las ocho de la mañana. «Vístanse rápido, toca trabajar», dijo el soldado de uniforme verde. El soldado portaba un documento en su mano donde se recogían los trabajos que debía realizar cada uno. A Nicolás le asignaron un puesto de operario en una de las fábricas de gafas y otros componentes de realidad aumentada que se encontraban en aquel distrito. Por el contrario, Julia fue obligada a trabajar en las plantaciones de trigo y cebada del extrarradio de la ciudad, siendo obligada a caminar diariamente desde el piso donde dormía hasta la plantación. Los soldados de estelada blava en el hombro únicamente supervisaban el trabajo, imponiendo penas físicas en caso de error. No ayudaban ni intervenían, mientras parecían ser vigilados, a su vez, por otros soldados de uniforme militar de tonos azules y verdes, cuyo parche de la estelada se situaba en el pecho. De forma esporádica, un tercer tipo de soldado hacía aparición, para únicamente dirigir a los demás. Este portaba un traje de color caqui, con una gran estelada sobre la espalda y una boina verde sobre su cabeza.

Al llegar a la fábrica, el soldado condujo a Nicolás y otro pelotón de trabajadores hasta sus puestos de trabajo. Tras una breve explicación por parte de uno de los trabajadores, Nicolás comenzó con la tarea asignada: ensamblar componentes y colocar los productos en las cajas correspondientes, todo muy mecánico y sin apenas margen para descansar. Mientras unía componentes, Nicolás levantó la mirada para contemplar la marea de trabajadores, debidamente custodiados por los guardias, que se encontraban en aquella fábrica. Debían ser alrededor de dos cientos, o al menos eso alcanzó a ver Nicolás. Todo estaba tranquilo hasta que la vio... Alexa estaba en aquella fábrica, sentada trabajando en una de las esquinas de la nave, junto a un joven de pelo moreno.

- ¡No jodas! ¡Alexa, soy yo! – gritó entusiasmado Nicolás, a la vez que se levantaba rápidamente del taburete donde estaba sentado.

- ¡Cállate, idiota! – le escupió un soldado mientras le daba un culatazo con una especie de escopeta retro que transportaba –

- ¡A trabajar o te vas con el jefe, escoria!

- Sí, sí, disculpe – respondió sentándose en su taburete, aunque sin apartar la mirada de Alexa, que parecía no haberse enterado de sus gritos, concentrada hablando con aquel chico, de unos veinte años, de pelo moreno y piel mulata.

El intento desesperado de Nicolás parecía no haber servido para nada, más que para recibir un golpe de aquel soldado. Por ello, decidió esperar al descanso del almuerzo para acercarse a su amada. «Hora de comer, tienen veinticinco minutos», dijeron por los altavoces que decoraban las paredes que la sombría fábrica donde forzaban a aquellos trabajadores. Tras oír el anuncio, los soldados procedieron a repartir el almuerzo a los trabajadores. Un bollo de pan, un cuenco con carne de dudosa procedencia y un vaso de leche. Muchos de los trabajadores rechazaron la comida, debido a los rumores que circulaban, los cuales decían que aquello era carne de rata, aunque ningún soldado quiso confirmarlo. Nicolás se comió la comida a toda velocidad, para aprovechar el descanso y acercarse a Alexa. Los soldados, durante el almuerzo, se replegaron a la cabina de control. Había completa vía libre. Nicolás, encorvado, intentando ocultarse de la vista de los guardias, se aproximó velozmente al puesto de trabajo de Alexa.

- ¡Pst! Ale, soy yo – le susurró al odio.

- ¡Nicolás, eres tú! ¿Qué haces aquí? – respondió asombrada Alexa.

- ¡Sorpresa! He venido a por ti... Me estaba volviendo loco sin ti...

- ¡Hola! – intervino el muchacho situado a la derecha de Alexa.

- Ay, él es Luca Martínez... – comentó Alexa – Ya me había olvidado de ti, ¡jaja! – se rieron al unísono mirándose entre ellos.

- Muy bien... No importa. Alexa tengo que decirte una cosa. Yo... – comenzó Nicolás, con intención de confesar su amor hacia Alexa, cuando comenzaron a oírse unos gritos en los taburetes de enfrente.

- ¡No a la tiranía! ¡Merecemos libertad! – aulló con rabia uno de los trabajadores, que se había subido encima de la cinta transportadora para ser más visible. Ante el incidente, los soldados de menor rango bajaron de sus puestos y golpearon con sus escopetas al rebelde – ¡No importa cuánto me peguéis! ¡Merecemos libertad! – continuó gritando entre golpes el trabajador.

- ¡Eh! ¡Dejadlo ya! – vociferaron un grupo de trabajadores a la par que se acercaron a su compañero para sujetar a los soldados, iniciándose una pelea entre soldados y trabajadores

- ¡Merecemos libertad! ¡No a la tiranía! ¡Muerte a Torra! – comenzaron a gritar más y más trabajadores, que se unieron a la causa rebelde. Los soldados, incapaces de imponerse, tuvieron que replegarse a la caseta de dirección, donde esperaban algunos soldados de traje militar azul y verde.

- ¡Estoy harto de esta estúpida tiranía! ¡Qué muera Torra! – aulló el primer trabajador, mientras se levantaba del suelo y se volvía a montar sobre la cinta.

De forma espontánea, al menos en apariencia, se organizó un motín en aquella fábrica. La violencia de los soldados hacia su compañero provocó que los trabajadores estallaran finalmente y se enzarzaran con los guardias, provocando que estos se replegaran, lo que tomaron como una victoria frente a la tiranía. El primer trabajador, con marcas de los golpes recibidos, desde la cinta, animó a sus compañeros. Un aproximado de cincuenta o setenta trabajadores se concentraron en torno a él, el líder de una revuelta aleatoria. Los guardias, encerrados en la caseta, procedieron a llamar a refuerzos y pedir instrucciones, mientras los trabajadores caldeaban más y más el ambiente. Con rabia, todos los trabajadores rebeldes comenzaron a destrozar las instalaciones, golpeando los productos confeccionados con los taburetes y herramientas a su disposición. En poco tiempo, la mitad de los trabajadores se había unido a la causa, a la par que los soldados se armaban en la caseta. El miedo a las represalias había desaparecido por un momento, hasta que los soldados volvieron a bajar, ahora con armas automáticas sobre sus brazos.

- ¡Fuera de aquí! ¡No nos detendréis! – aulló el trabajador rebelde, de nuevo desde la cinta – ¡No a la tiranía! – comenzaron a gritar al unísono todos.

Mientras la revuelta sucedía, Luca, Nicolás y Alexa permanecieron agazapados en una de las esquinas de la fábrica, contemplando asombrados la destrucción generada por aquellos trabajadores. Al igual que ellos, otros trabajadores, aproximadamente la mitad, habían preferido no intervenir por miedo a las represalias. Los taburetes eran lanzados a uno u otro costado de la fábrica, rompiendo la maquinaria de trabajo. Los cristales de las ventanas y las lámparas también sufrieron la ira de los obreros rebeldes.

- ¡Último aviso! – gritó el jefe de los soldados, que portaba un uniforme caqui y una automática entre sus brazos – Vuelvan a sus puestos o sufrirán las consecuencias.

- ¡Por encima de nuestro cadáver! – respondió el primer trabajador rebelde, animando a sus compañeros a abalanzarse sobre los soldados,

quienes respondieron disparando sin orden a los rebeldes.

Se inició una terrible y violenta masacre. Muchos de los rebeldes murieron al instante por el impacto de la munición, pero otros consiguieron aproximarse lo suficiente a los soldados para acabar con ellos, clavándoles los destornilladores que empleaban como arma improvisada. Pronto se formaron extensos ríos de sangre, proveniente de los soldados y trabajadores heridos. El suelo hormigonado de la fábrica se manchó cuasi por completo de ese líquido rojizo. Los trabajadores que no se había unido a la protesta trataron de huir del lugar cuando comenzó aquella carnicería. Muchos terminaron muriendo por las balas sueltas que colisionaban contra las paredes y aquellos incautos que permanecían agazapados en las esquinas. Por fortuna, Nicolás, Luca y Alexa se encontraban relativamente cerca de la puerta, la cual se abrió para permitir la entrada de más soldados, que dispararon a todos sin escrúpulo. Los cadáveres empezaron a amontonarse por parte de ambos bandos hasta que finalmente solo quedó el primer obrero con vida de toda la camarada de rebeldes. Se encontraba malherido, con el rostro cubierto de sangre propia y ajena. Su cuerpo estaba completamente mutilado por la incesante munición que le atravesó durante la masacre. Uno de los soldados de mayor rango, identificado por el uniforme color caqui, se acercó pistola en mano.

- ¿Ahora qué hijo de puta? Ya no protestas, ¿verdad?

- Esto es solo el principio de la revolución ¡Muerte a la tiranía! – gritó con su último suspiro el moribundo obrero.

- ¡A dormir, estúpido! – respondió el soldado, disparándole en la cabeza, matándolo en el acto – Fin de la revolución – replicó con orgullo.

Aprovechando el barullo generado por la breve confrontación entre el primer rebelde y el soldado de mayor rango, Luca agarró de la mano a Alexa para conducirla hasta el exterior de la fábrica, tratando de huir que aquella masacre. Nicolás los siguió de cerca, intentando seguir el ritmo de Luca, quien parecía solo interesado en proteger a Alexa. Junto a los chicos, otros obreros, los pocos que habían sobrevivido, abandonaron velozmente aquel lugar. Algunos pisaron los charcos de sangre que se habían formado, dejando tras de sí un rastro de huellas de sangre, fiel reflejo del horror vivido. Una parte importante de trabajadores de la fábrica había muerto en la masacre iniciada por los soldados, quienes parecían simplemente dejarse guiar por las órdenes del soldado de mayor rango, el único que mostraba iniciativa y confianza en sus decisiones. Los demás soldados, especialmente los más jóvenes, actuaron con nerviosismo y desconfianza, lo que provocó que muchos de los tiros no

acercaran a ningún obrero, sino que impactaran en los rezagados y los pilares que sostenían el techo de la fábrica.

- ¡¿Estás bien Alexa?! – preguntó estremecido Luca tras alejarse lo suficiente de la fábrica.

- Sí, sí, no tengo ni un rasguño, más que el susto... Y, ¿tú?

- Creo que me he torcido el tobillo – contestó Luca tocándose el tobillo sin aparente herida – Nada grave.

- ¡¿Qué cojones acaba de pasar?! – vociferó totalmente desconcertado Nicolás mientras jadeaba fruto del cansancio.

- Eso... – respondió Alexa tratando de hacer un esfuerzo por vocalizar – Ha sido un motín. Cada vez parece que suceden más seguidos...

- ¡¿Un motín?! ¡No me jodas!

- Tranquilo, cálmate – intervino Luca agarrando del brazo a Nico.

- No me toques... – se retorció Nicolás quitando la mano de Luca – ¡Esto es muy fuerte!

- Es mejor que nos vayamos cada uno a casa – propuso, un tanto más calmado, Luca, quien temía que los soldados decidieran perseguirlos.

- Tienes razón. Nos vemos mañana, Luca – respondió Alexa mirando fijamente a los ojos al chico – Nico, puedes venirte conmigo si quieres.

- Vale, qué remedio... – dijo con escaso entusiasmo Nicolás.

El camino hasta casa fue largo e incómodo. Ninguno intercambió una mísera palabra de lo sucedido. Alexa todavía seguía asombrada de la aparición inesperada de Nicolás y atemorizada por la masacre sucedida en la fábrica. Nicolás, por su parte, sentía unos profundos celos. «¿Quién es el puto imbécil ese?», se preguntaba para sí, tratando de ocultar la envidia que le generaba la cordial relación entre su amiga y aquel joven de tez mulata. La casa donde vivía Alexa no era demasiado diferente al piso asignado a Nicolás y Julia, salvo por la presencia de un microondas en la cocina y tres camas distribuidas en dos habitaciones separadas del salón. Al llegar a aquel piso de la tercera planta, Alexa se sentó en el sofá, mientras se secaba las lágrimas.

- Bueno... – comenzó Alexa – ¿Cómo has llegado hasta aquí? – le susurró

al oído a Nicolás, quien se había sentado a su lado.

- Pues es una larga historia...

- ¡Shhh! – le silenció Alexa – Tienes que susurrar, sino nos oirá el Hermano Mayor.

- Ups, perdón – continuó susurrando al oído de Alexa – Nada, una amiga me ha ayudado a entrar en el país. Me he hecho pasar por el hijo fallecido de una tal Julia, una vieja que vivía en Málaga. No sé, todo muy sórdido, la verdad.

- Dios, ¿a quién se le ocurre? Hay pena de muerte para los que intenten entrar en el país sin autorización.

- ¡A mí se me ocurre! – respondió alzando levemente el tono de voz – He venido a por ti... No podía estar sin ti... – empezó a llorar mientras se levantaba del sofá, en el fondo, dolido por la relación entre Alexa y Luca, quienes parecían tener un grado de complicidad que Nicolás apenas había alcanzado con Alexa – Pero vamos, no parece que tú me hayas echado de menos...

- ¿Cómo que no, idiota? – le respondió Alexa levantándose del sofá, elevando el tono – Claro que te he echado de menos... – se le saltaron las lágrimas.

- Sí, ¿seguro? Pues bien que te arrimabas al imbécil ese.

- Ese imbécil, como tú lo llamas, se llama Luca – contestó malhumorada Alexa.

- O sea, me estás diciendo que te dejo un día sola y te follas al primero que ves, ¿verdad? – le escupió Nicolás – Si es que... Vaya tela...

- Tú eres tontísimo. Ni me lo he follado ni pienso follármelo. ¡Es mi amigo! ¡Amigo! – gritó Alexa, mientras se acercaba a Nicolás, mirándolo directamente a los ojos.

- A saber qué has hecho, estúpida – le replicó Nicolás, aproximándose aún más, tanto que incluso podían sentir la respiración acelerada de Alexa – No me gusta ese Luca – continuó, con tono más suave.

Sin quererlo, Alexa y Nicolás habían quedado enfrente del otro, con apenas unos milímetros de separación entre sus labios. La respiración de ambos se aceleró. El vocerío y el enfado se habían convertido drásticamente en excitación. «¿Le beso?», se preguntaban ambos,

incapaces de dar el primer paso. Se implantó un completo silencio, tan severo que se podía oír el ritmo acelerado de los corazones de ambos. El ruido de la calle había desaparecido momentáneamente para los dos jóvenes, concentrados únicamente en los labios del otro. Nicolás decidió dar el paso. Con delicadeza, colocó su mano sobre el rostro de Alexa, haciéndole una pequeña caricia. Con el pulgar, Nicolás movió el labio superior de Alexa, la cual empezaba a sentir el mismo cosquilleo experimentado aquella mañana. La tensión era máxima en aquel preciso instante. Alexa encorvó su espalda, aproximando sus labios a Nicolás. La distancia entre ambos desaparecía por segundos, hasta que... La puerta del piso se abrió con fuerza, chocando contra la pared, acabando instantáneamente con la excitación del momento.

Capítulo 8

CAPÍTULO OCTAVO. UN PLAN ARRIESGADO DE FUGA

La puerta del piso se abrió con fuerza, colisionando con la pared. Por ella, entraron Lorenzo y Jaime, con rostro serio, sin apenas mover sus agotados músculos, con la cabeza agachada. Lorenzo levantó, entonces, la mirada y, sorprendido, saludó a su hermana, a quien no esperaba en casa.

– ¡Hola! ¿Ya estás aquí, hermana? – dijo Lorenzo, a la par que su rostro cambiaba a completa sorpresa al ver a Nicolás junto a su hermana – ¡Oye! ¡Nico! ¡¿Qué haces aquí? – aulló sorprendido y entusiasmado por verlos allí juntos. Lorenzo sabía que eso significa que su hermana volvería a recuperar la sonrisa perdida estos días.

– Pues, ya ves, me he venido a aquí con vosotros – contestó Nicolás, sonrojado por la inesperada aparición de los hermanos, aún con los labios húmedos, ansiosos de besar a la querida Alexa.

– ¡Shhh! Entrad ya y no gritéis, qué es muy tarde – disimuló Alexa, intentando desviar la atención de sus hermanos.

– Qué pronto has llegado hoy, ¿no? – expresó Lorenzo a la par que él y su hermano dejaban sus mochilas a un lado del salón.

– Sí, es que ha habido otra revuelta de esas. Se han liado a tiros y hemos tenido que salir por patas.

– ¡Ha sido una locura! ¡Sangre por todas partes! – comentó Nicolás, elevando de nuevo el tono de voz, estremecido por recordar aquel momento.

– ¡Pst! ¿Otra vez? ¡Qué desastre! – intervino el pequeño Jaime, quien mostraba una madurez envidiable para un muchacho de apenas trece años – Siempre la misma historia...

– ¿Has dicho otra vez? – preguntó pensativo Nicolás.

– Sí, otra vez, aquí es casi pan de cada día, según dicen – contestó Alexa adelantándose a Jaime, quien se había concentrado en servirse un vaso con la leche que salía del grifo de la cocina.

– ¡Puaj! Esta leche está cada vez peor – se asqueó Jaime escupiendo parte de lo bebido en el fregadero – Cómo echo de menos el agua...

– O sea, qué hay revueltas cada día. Está bien saberlo – comentó en voz alta Nicolás con la mano apoyada sobre su barbilla, trazando un plan aún desconocido por los demás.

– ¿Qué piensas, cerebritito? – le preguntó Alexa.

– Nada, creo que sé cómo salir – susurró Nicolás, evitando ser oído por la cámara de la puerta del piso, la cual los observaba todo el tiempo.

– Ten cuidado con lo que dices – murmuró Alexa, apuntando con la mirada la cámara.

Era un plan arriesgado, pero Nicolás ansiaba sacar a los hermanos de aquel lugar tan horrible, donde la delincuencia era claramente tolerada por los soldados, que únicamente intervenían si se cuestionaba la legitimidad del gobierno. La obsesión del gobierno por no ser criticados llevó a Carles Torra a implementar un sistema de "Hermano Mayor" que nada tenía que envidiarle al implementado en China durante la década de 2020. La libertad de los ciudadanos había quedado completamente resignada a la permisividad del gobierno, con potestad para cuanto le placiera, sin que nadie pudiera objetarle. Torra era el faraón de aquella miserable sociedad, condenada a la más absoluta miseria.

Alexa se acercó al oído de Nicolás para decirle: «No hables de fugarte en voz alta, la cámara tiene altavoz. Vamos a mi cuarto, el de la derecha, ahí la cámara no funciona». Los hermanos fingieron trasladarse a sus cuartos a dormir. Primero, Nicolás y Alexa se fueron a la habitación de la derecha, mientras los hermanos se fueron a la habitación contraria. Pasados unos minutos, Lorenzo entró en la habitación de los hermanos y, al cabo de otros minutos, Jaime con unos apuntes de su clase en la mano, fingiendo que tenía una duda sobre la tarea. Antes de comentar el plan, Alexa puso música en su teléfono. Al son de All You Need Is Love, de The Beatles, Nicolás expuso su complejo plan de huida, el cual era tan arriesgado como increíblemente coherente, hasta cierto punto, emocionante y divertido.

– Habéis dicho que hay revoluciones cada dos por tres. Bien, podemos aprovechar eso para huir de aquí – expuso Nicolás a los hermanos, tratando de no alzar demasiado el tono.

– ¡Ajá! – contestaron al unísono los hermanos.

– Primer paso, motivamos una revuelta en nuestros puestos de trabajo. Les soltamos las tonterías esas de la tiranía y tal. Será cuestión de días que logremos convencer a los obreros cabreados con el sistema. Tú y

yo, Ale, lo haremos en la fábrica donde trabajamos. ¿Vosotros qué hacéis?
– preguntó señalando a Lorenzo y Jaime.

– Yo – respondió Jaime – estudio en un instituto de por aquí cerca por las mañanas y trabajo en mensajería por las tardes. Será fácil escaquearme si finjo tener un envío.

– Y yo trabajo recogiendo trigo, a las afueras de la ciudad. La vigilancia es tibia, ya que se concentran en las fábricas. No será difícil provocar una revuelta, aunque queda pendiente como cruzaremos la frontera.

– De eso – dijo Nicolás – se encargará Julia, una amiga de Málaga. Con este móvil – sacó el móvil antiguo del bolsillo – la avisaré y ella nos recogerá. Es superimportante que nos sincronicemos a la perfección, para desviar la atención de los guardias hacia las revueltas y así aprovechar el caos para escapar.

– Entiendo – intervino Lorenzo –, pero deberíamos hacerlo todo a la hora de comer, cuando los guardias se recogen en las casetas de vigilancia para almorzar. La vigilancia es menor en esos momentos.

– Queda la cuestión de las cámaras. Están todo el tiempo grabándonos y nos verán huir – comentó Alexa.

– Sé cómo neutralizar las cámaras – dijo Jaime, convencido de sí mismo – Desde la garita de los guardias, las situadas en las entradas de las fábricas, hay acceso a las cámaras. Si inyectamos un troyano, podemos dejar neutralizado el sistema durante unas horas.

– ¿Cómo sabes eso? – le preguntó Alexa.

– Uno de los padres de un compañero de clase colaboró en la creación del proyecto, entonces me ha contado como funciona. El troyano será fácil de crear. Puedo usar los ordenadores del instituto. Será irrastreable.

– ¡No jodas! Bueno, pues todo claro. Solo queda hablar con Julia y ella nos indicará cómo escapar.

– Ok – respondieron los hermanos a la vez.

Concluyó así la primera reunión de escape. Aún quedaban flecos por resolver, pero era un primer avance. La coordinación era crucial, al igual que la ayuda de Julia, quien debía permitirles cruzar la frontera. Cámara y soldados se interponían en el plan de fuga. El intelecto de Jaime, la geoestrategia de Nicolás y Lorenzo, y la perspicacia de Alexa se habían mezclado para trazar un plan milimétrico, arriesgado, pero

concienzudamente pensado, detallado en los posteriores días. Todo debía salir perfecto para que aquello funcionara. Si algo se torcía, podían acabar todos muertos. Era una cuestión de vida o muerte.

A la noche siguiente, Nicolás le contó el plan a Julia. Esta le confirmó que era buen plan y que contactaría con unos amigos para que armaran un escándalo, a cambio de que los acompañaran en su plan de huida. En total, se planearon cuatro revueltas en las fábricas del distrito Ensanche, Ciudad Vieja y Gràcia, además de una quinta en las plantaciones de trigo próximas a Montjuic. La estrategia fue la misma en todas. Durante los dos primeros días, los implicados intimaron con los presos, empleando desde técnicas de seducción hasta el discurso tradicional de lucha contra la tiranía, aprovechando al máximo el tiempo para comer, con cuidado de no ser descubiertos. Alexa utilizó su encanto para conseguir que unos cincuenta jóvenes de la fábrica siguieran sus indicaciones. En el tercer día, prepararon un teórico plan de revuelta para robar las armas a los guardias, lo cual sería aprovechado para escapar de las fábricas. Mientras, Jaime debía inyectar el troyano en la garita de los soldados de una de las fábricas, aprovechando la retirada de tropas por los motines.

Tras escapar de las fábricas, recogerían un vehículo escondido por los amigos de Julia en un lugar secreto. Con ese vehículo irían hasta las plantaciones de trigo donde recogerían a Lorenzo y partirían dirección a Mas de Barberans, donde cruzarían la frontera a través de las Montañas de los Puertos. El viaje iba a ser largo y complicado, pero era la única opción. Cruzar la frontera sería fácil, puesto que el elevado terreno había sido siempre un impedimento para escapar, por lo que la presencia policial era casi nula, más allá de algún dron, esquivable durante la noche, si se movían sin luz. Tres horas separaban aquellas fábricas de las montañas. Cada segundo era fundamental. Al otro lado de la frontera esperaría Julia, que les entregaría unos pasaportes falsos a todos. Con todo planeado, quedaba esperar el día indicado y confiar en la suerte.

* * * * *

– ¿Estás nervioso? – le preguntó Alexa a Nicolás la noche anterior al plan de fuga.

– La verdad es que... no. Intento no pensar en mañana. ¿Y tú?

– He tenido que ir cinco veces al baño... Con eso te lo digo todo, ¡jaja! –

rieron juntos.

– Tranquila, todo saldrá bien.

– ¿Cómo estás tan seguro? – respondió preocupada Alexa.

– Confía en mí. Yo nunca te fallaría – la tranquilidad de Nicolás se transmitió rápidamente a Alexa, quien cegada por el amor había entregado su vida al plan diseñado por Julia y Nicolás, sin saber quiénes los acompañarían en aquella fuga.

La pasividad y la confianza de Nicolás era tan envidiable como contagiosa. Alexa, con la vista puesta sobre el techo, bocarriba en la cama, mientras Nicolás dormía en el suelo de la habitación, a su lado; se imaginaba aquello que más ansiaba hacer tras abandonar Cataluña: besar a su querido amigo. Recordaba con ternura el momento en el que casi se produjo el beso, solo interrumpido por sus hermanos. No era el momento idóneo, pero aun así era ansiado por ambos. «Los labios de Nico se ven tan carnosos... ¡Uf!», comenzó a excitarse en silencio de la joven, retorciéndose en la cama. Pensaba en él, en su gran miembro erecto, en sus suaves manos rozando el cuerpo del joven, agarrándole con firmeza el trasero, sin parar de besarla. Era tan excitante como fantástico. La vagina de Alexa comenzó a humedecerse rápidamente, mientras su mano se deslizaba en dirección hacia su clítoris. El cosquilleo se expandió por todo el cuerpo, provocando algunos leves gemidos, que Nicolás pareció no escuchar, pues estaba dormido. Se acarició el clítoris, haciendo pequeños círculos en sentido del reloj, con constancia, pero sin apretar. A la par, se imaginaba a Nicolás desnudo, restregándose con ella, cogiéndola de la cintura para tumbarla sobre la cama. Se imaginaba a un Nicolás lanzado y decidido, al estilo de Christian Grey, mas si la parafernalia aburrida del sadomaso. Cuando la excitación era ya elevada, Alexa pasó a la segunda base, introduciendo cuatro dedos en su vagina, dilatada al máximo, deseosa de que el miembro de Nicolás le penetrase. El sueño erótico de Alexa proseguía con Nicolás colocando a la joven a cuatro patas, con el culo en pompa, completamente a su merced. Agarrándola con fuerza de la cintura y de la cola de pelo, le introducía un grueso y alargado pene, erecto al máximo. La vulva de Alexa se abría por completo, provocándole una sensación de absoluto placer. Entonces, Nicolás se movía hacia adelante y hacia atrás, provocando que sus testículos chocaran contra la vagina de Alexa y que su pene acariciara el famosísimo punto G de la chica, hasta provocarle un intenso orgasmo. Nicolás aumentaba el ritmo, con cada vez más fuerza, golpeando con su cintura el prominente trasero de Alexa. A su merced, así quería estar Alexa en aquel preciso instante. Tuvo que conformarse, empero, con una más que placentera masturbación, que terminó de relajarla

completamente, llegando incluso a olvidar sus miedos iniciales.

A las ocho de la mañana, como cada mañana, los hermanos y Nicolás se despertaron para prepararse para el trabajo, la escuela, en el caso de Jaime. «Todo está preparado. A las dos ya sabéis», susurró Nicolás antes de que cada uno marchara a su puesto de trabajo, bajo la compañía insistente de un soldado de bajo rango. Al llegar a la fábrica, Alexa y Nicolás se sentaron en sus respectivos puestos, separados por una distancia considerable, aunque no suficiente para no alcanzarse con la vista. «¡Cachis! ¿Qué hago ahora con Luca?», se preguntó Alexa, quien había quedado tan absorbida por la planificación de la fuga que se había olvidado del que hasta hace unos días era su mejor compañía en Barcelona. Decidió no contarle nada, esperar a la fuga y entonces quizás decírsele todo, para evitar así que pudiera delatarles. No conocía suficiente conciencia con el joven como para contarle toda la verdad. Mientras tanto, en el instituto, Jaime aprovechó la clase de informática aplicada, en la que el profesor se limitaba a tumbarse en su asiento y leer el periódico en una tableta, para crear el troyano. Contó con la ayuda del compañero cuyo padre había trabajado en el "Hermano Mayor". Andrés se llamaba, otro prodigio intelectual, al igual que Jaime, completamente desperdiciado en aquel país de corrupción, violencia y terror. Una vez generado el virus, lo transfirió a su teléfono inalámbricamente, camuflándolo como si fuera una app de apuntes, evitando así ser detectado por el gobierno. Todo estaba listo.

Cuando se oyó por megafonía el descanso para comer, se produjo la magia. Alexa y Nicolás motivaron a los trabajadores a enfrentarse a los guardias, quienes permanecían en la garita hasta que contemplaron la destrucción que se inició en la fábrica. Rápidamente, intervinieron disparando contra los rebeldes, aprovechando la ocasión Nicolás y Alexa para escapar. En las otras dos fábricas, sucedió prácticamente lo mismo. En la tercera, la situación se torció. Josep debía ser el encargado de generar aquella revuelta. Lo consiguió, pero entraron en la fábrica más guardias de los esperados, los cuales dispararon de forma sistemática, hiriendo a Josep, que acabó muriendo a los pocos minutos, desangrado. Para él, había acabado la fuga con un final inesperado.

En la plantación de trigo, prendió la revolución, aunque con la diferencia de que los soldados no se opusieron. Aquellos jóvenes soldados obligados a vigilar a los campesinos decidieron deponer sus armas y unirse a la lucha. Lorenzo avivó los ánimos de los rebeldes, tanto soldados como

agricultores, tratando de hacer tiempo hasta llegara su hermana.

A la vez, Jaime se acercó a la garita situada en la entrada de la fábrica donde trabajaban Nicolás y Alexa, e inyectó el virus en el sistema, provocando un colapso de las cámaras de vigilancia. Del inmueble, salieron Nicolás y Alexa. «¡Vámonos Jaime!», le gritó Alexa, agarrando del brazo a su hermano menor. Corrieron en dirección a la Casa Milà, donde habían quedado con los otros dos miembros de la fuga.

– ¿Estamos todos? – preguntó uno de los miembros.

– ¡No! Falta uno – respondió preocupado Nicolás.

– Da igual, no hay tiempo. Montad en el coche. ¡Vamos!- respondió el otro miembro, mientras conducía el coche hasta el exterior, desde el sótano de la Casa Milà, donde lo habían escondido durante años. Era un coche del ejército, por lo que pasó desapercibido entre los otros muchos, además de tanques, que circulaban por las principales avenidas de la ciudad – ¡Poneos esto! – les arrojó unos uniformes militares como el que él llevaba.

A marcha acelerada, sin levantar el pie del acelerador, se dirigieron a la plantación de trigo, donde esperaba Lorenzo. Al ver llegar el vehículo militar, los rebeldes de la plantación comenzaron a disparar contra él, creyendo que se trataban de refuerzos enviados por el gobierno.

– ¡Deteneos! No disparéis. ¡Son amigos! – aulló Lorenzo acabando en seco con el tiroteo – ¿Estáis bien? – les preguntó cuando se acercaron lo suficiente.

– Sí, creo que sí – respondió Nicolás.

– No, yo no... – contestó el miembro que conducía – Creo que me han dado... – se desmayó sobre el volante.

– ¡Dios, está herido! – gritó Nicolás mientras retiraba su abrigo, buscando la herida de bala – Tenemos que llevarlo a un hospital o morirá desangrado.

– ¡Déjalo ahí! ¡Vámonos ya! – vociferó el otro miembro, el cual permanecía sin un rasguño. Se montó en el asiento del conductor, arrojando al suelo el cadáver del moribundo.

– ¡Espera! ¡¿Nos abandonas, pedazo de desgraciado?! – le escupió uno de los agricultores rebeldes.

– No – respondió Lorenzo – Volveré pronto – comenzó a dar marcha atrás, tratando de huir rápidamente del lugar, a la par que los rebeldes comenzaron a dispararles, en venganza por la traición cometida.

El plan parecía haber funcionado. Habían logrado huir de la ciudad, escapando del férreo control del gobierno, dirección hacia la frontera. Sin embargo, habían condenado a cientos de trabajadores a la muerte, incentivando unas revueltas de las que huyeron. Dos de los miembros de la fuga no habían conseguido ni siquiera llegar a la frontera. Luca también se había quedado en la fábrica, viendo como Alexa huía a toda prisa. El amor de Luca hacia Alexa se tornó en un profundo rencor. Lo habían abandonado a su suerte, mas era el precio a pagar por la libertad. Habían estado tan concentrados en planificar la fuga que no se percataron de lo que aquellas revoluciones supondría.

Tres horas separaban Barcelona de Mas de Barberans, por lo que tuvieron tiempo de hablar tranquilamente de sus acciones más recientes, de lamentarse y arrepentirse. Lorenzo y Nicolás, además del otro miembro de la fuga, no parecían mostrar arrepentimiento ninguno. El pequeño Jaime, sin embargo, se mostraba apenado, pese a que había podido librarse de la masacre vivida en aquella fábrica, esa masacre que Nicolás y Alexa habían incentivado, dejando tras de sí un rastro de destrucción y defunciones.

– ¿Estás bien Jaime? – le susurró Alexa a Jaime mirando la tristeza que expresa su rostro.

– Sí... – respondió apartando la mirada hacia el suelo, dejando caer un par de lágrimas.

– No te preocupes. ¡Ya mismo estamos en casa! – le sujetó la cara a Jaime, secándole las lágrimas con la otra mano – Olvida lo que ha pasado. Nos hemos librado de ese sitio asqueroso.

– Sí, pero...

– ¡No lo pienses! – le interrumpió Alexa elevando ligeramente el tono de voz – Nos vamos a casa. Piensa en tu querida Málaga.

– Vale hermana – dijo mientras asentía con la cabeza, dejando escapar

una tenue, pero visible, sonrisa un tanto forzada.

Pese a la tranquilidad mostrada ante su hermano, Alexa también estaba plenamente arrepentida. Había abandonado al único chico que se acercó a ella cuando llegó a Barcelona para simplemente ser su amigo, sin segundas intenciones como otros, al menos eso pensaba Alexa. En el fondo, Alexa sabía que probablemente Luca había sido abatido en la reyerta de la fábrica, mientras Alexa y Nicolás salían a toda prisa de aquel lugar. Con total seguridad, Luca era uno de los cientos de cadáveres que se habían producido en los tiroteos con los que respondieron los soldados, incapaces de contener la oleada revolucionaria sin emplear sus armas automáticas. En su conciencia, se habían gravado a fuego las breves escenas de violencia que logró a ver mientras abandonaba la fábrica, sintiendo un profundo arrepentimiento por esa actuación tan maquiavélica, «la única posible para escapar», según había defendido a capa y espada Nicolás los días anteriores. «Tenemos que hacer todo esto. No hay otra alternativa», les repitió insistentemente, tratando de convencerles de que debía hacerse así, sin arrepentimientos ni rencores. La frase de Nicolás no era demasiado diferente de la célebre "El fin justifica los medios" de uno de los grandes políticos de la historia, que curiosamente tomaba el mismo nombre que nuestro protagonista, Nicolás Maquiavelo. Para más inri, Nicolás era un fiel seguidor del planeamiento político de "El Príncipe", el cual, como «debería hacer todo político», según repetía Nicolás cada vez que brotaba el tema; había leído con sumo detenimiento, dejándose fascinar por las propuestas del célebre Maquiavelo, tan astuto como despiadado, al menos en sus planteamientos políticos. Para Nicolás, no debía intervenir la ética en su plan de fuga, puesto que, si lo hacía, estaba abocado al fracaso. Los demás se habían dejado guiar, entre ellos, Alexa, que, tras comprobar el desorden causado y conscientes de las represalias que les esperaban a los rebeldes, se arrepintió de no considerar el mínimo ápice de humanismo en sus actuaciones.

* * * * *

Al llegar a Mas de Barberans, una ciudad completamente devastada por los combates entre el CIL y el Ejército español, donde el único ruido que se escuchaba era el suspiro de los espíritus de los cientos de fallecidos en combate, especialmente en el bando catalán; el amigo desconocido de Julia detuvo el vehículo y se bajó del mismo. «Voy a hacer un pis más allá, ahora vuelvo», dijo antes de marcharse en dirección hacia las ruinas de la ciudad, buscando los restos de una pared de ladrillos que pudieran cubrirle. Lorenzo y Jaime fueron también a desbeber, aunque sin alejarse tanto como el amigo de Julia. Nicolás y Alexa prefirieron permanecer

sentados en el vehículo, uno al lado del otro.

– ¿No te sientes mal? – preguntó sin tapujos Alexa mirando a los ojos a su querido amigo.

– ¿En qué sentido? No entiendo....

– Hemos condenado a cientos de personas a la muerte para huir nosotros, entre ellos, a Luca. ¿Qué habrá sido de él? – se cuestionó retóricamente mientras apartaba la mirada hacia el cielo, tratando de encontrar en él una solución cósmica a la sensación agridulce que experimentada desde que abandonaron Barcelona.

– ¡No había otra opción! Os lo dije... Hay que dejar la ética a un lado, sino nunca saldremos de aquí – resopló Nicolás.

– ¡¿Pero toda esa gente morirá?! – le escupió con los ojos llorosos, profundamente dolida.

– ¡Era la única opción, Ale! Me sabe mal por esa gente, pero no podíamos hacer otra cosa.

– O sea, me estás diciendo que el fin justifica los medios, básicamente. ¡Qué poca empatía! – alegó Alexa a la vez que apartaba la mirada para volver a contemplar el cielo cada vez más oscuro, aunque sin estrellas visibles por la contaminación de Cataluña.

– Pues, en este caso... Sí. No quedaba más remedio. Yo lo siento por esa gente, pero ¿qué querías hacer? – se encogió de hombros.

– ¡Ayudarles, Nico! ¡Ayudarles! No abandonarlos en esos tiroteos. ¿Cuántos crees que habrán muerto? Yo digo que tres cientos. Venga di tú una cifra – le increpó Alexa.

– Estamos a salvo. Eso es lo que importante. Te dije que os pondría a salvo y lo he hecho. Te repito, ¡es lo que había que hacer! – le respondió elevando el tono, dejando clara su postura tan maquiavélica como eficaz.

El humanismo de Alexa frente al pragmatismo de Nicolás, el pensamiento ético de Kant frente a la filosofía despiadada de Maquiavelo, la pugna eterna, reencarnada en estos veinteañeros que se fugaban de Cataluña en 2050. La lucha humana constante entre el bien y el mal, entre el humanitarismo y el pragmatismo. ¿Dónde queda el camino correcto, en la ética o en la utilidad?

Cuando regresaron los demás, se pusieron en marcha para cruzar las montañas. Tuvieron que dejar sus teléfonos y demás dispositivos en el coche, para evitar ser detectados por los drones que sobrevolaban la frontera en ocasiones. Ni siquiera podían utilizar una luz para guiarse. Debían confiar en la buena orientación del amigo de Julia, quien empleaba las pocas estrellas visibles para alcanzar la zona que habían acordado con Julia. El camino fue sumamente complicado. A los tropiezos con piedras y las heridas producidas por las ramas de los árboles, se le unieron las subidas y bajas constantes, cruzando desde una depresión intramontana a otra, esquivando los árboles y los barrancos que aparecían sin avisar. El cansancio era cada vez más evidente, especialmente en el pequeño Jaime, quien tuvo que ser llevado en brazos durante unos metros por Nicolás, para que pudiera descansar momentáneamente. Sin pausa, pero a un ritmo no muy acelerado, los muchachos consiguieron llegar hasta la frontera, donde les esperaba Julia junto a un todoterreno pintado completamente de verde, tratando de ocultarse de los drones que esporádicamente sobrevolaban la zona. Una vez subidos todos al vehículo, pusieron rumbo a un lugar seguro.

– Tomad los pasaportes – dijo Julia mientras les hacía entrega de los pasaportes, los cuales eran una especie de tabletas sumamente delgadas, donde se podían comprobar todos los datos – Vamos a Madrid. Desde allí podéis coger un tren a donde queráis.

– De acuerdo – respondieron los demás miembros a la par que Julia conducía el vehículo.

Todos los pasaportes tenían el sello de Austria-Hungría, que se había especializado en el lucrativo comercio de pasaportes falsos. Alexa y sus hermanos perdían sus apellidos, para dar paso a la familia, de ascendencia austríaca. Nicolás, en cambio, conseguía regularizar con estos pasaportes su estancia en la España del futuro, manteniendo su nombre y apellidos originales. Se iniciaba así una nueva etapa en la vida de estos jóvenes aventureros.

Capítulo 9

Tras un intenso y largo viaje, finalmente llegaron a Madrid. Ya había amanecido y comenzaba el intenso tráfico que había caracterizado a la capital desde la época de Nicolás, con la salvedad de que los sistemas de piloto automático y de control digital de velocidad habían permitido una coexistencia más pacífica entre peatones y vehículos, a la par que un veloz tranvía central recorría la práctica totalidad de las calles de Madrid y transportaba a todos los pasajeros a sus destinos.

Las calles en esta ciudad se mostraban un tanto más abarrotadas que las de Triana, aunque el estancamiento demográfico, la emigración a Marte y la realidad aumentada habían pasado una seria factura a la vida de las ciudades, ahora convertidas, empero, en grandes conglomerados urbanos, dirigidos por concejos. Desde los años ochenta del siglo XX, Madrid había conseguido superar los límites administrativos antihistóricos impuestos, en el proceso de creación del Estado de las autonomías, por Castilla-La Mancha y Castilla y León, que trataron de desligarse de las dinámicas demográficas de la capital. Sin embargo, este sistema había demostrado ser completamente absurdo, puesto que las dinámicas demográficas afectaron a todos alrededores de Madrid, con independencia de la comunidad autónoma. Por ello, en este futuro, se había optado por la figura de las áreas metropolitanas como aglutinadoras de municipios, sin distinción de comunidades autónomas ni provincias. El resultado fue una mayor concentración de la población en las ciudades, hasta alcanzar prácticamente el cien por cien, pero un modelo de ordenación territorial más eficiente.

Julia se despidió del grupo, al igual que el miembro desconocido. Ambos se fueron por caminos diferentes hasta desaparecer en el barullo de la gran ciudad. Los hermanos y Nicolás se subieron al tranvía para llegar hasta la Estación de Trenes Almudena Grandes, para partir de regreso a su hogar en Málaga. En poco menos de una hora y media, ya habían llegado a Málaga, donde el aroma a mar volvía a inundar las fosas nasales de aquellos aventureros. Al bajar del tren, Alexa se arrodilló y besó el suelo, el mismo suelo que había extrañado desde que partió rumbo forzado a la lúgubre Barcelona. Estaban en su hogar de nuevo, incluso el propio Nicolás, que había encontrado en aquellos hermanos una nueva familia.

* * * * *

Con su huella dactilar, Alexa abrió la puerta del piso donde vivían los hermanos. Le ofreció a Nicolás quedarse junto a ellos. Aceptó sin pensarlo. La felicidad de haber regresado a casa se tornó pronto en una sensación agri dulce. Sus vidas no volverían a ser las mismas. Se vieron obligados a empezar desde cero, lo cual fue especialmente duro para Alexa, quien estaba a punto de concluir su grado de psicomedicina. Sin embargo, la presencia de Nicolás le reconfortaba bastante. Aunque no coincidía con su visión tan mecanicista y pragmática de la vida, se sentía segura junto a él. La calma que transmitía era tan envidiable como contagiosa. Sin alterarse, confiado y amable. Era el chico perfecto, de esos que se acercan a las chicas por amor verdadero, no por sexo. Nicolás era lo que Alexa tanto había deseado, lo que tanto había soñado día tras día, sin encontrarlo nunca.

Completamente agotados, cada uno se dirigió a sus respectivas habitaciones. Lorenzo y Jaime se fueron a dormir, mientras que Nicolás y Alexa se tumbaron bocarriba en sus respectivas camas, en un abrumador silencio. «¿Me lanzo y se lo digo?», se decían internamente cada uno, tratando de reunir las fuerzas suficientes para contar la verdad, confesar ese profundo amor que ambos habían sentido desde el primer día en Triana. Pero, ¿cómo decírselo? Ninguno conseguía encontrar la respuesta a esa pregunta.

Alexa se levantó de su cama y se fue directo a Nicolás. Se acurrucó junto a él, mientras le agradecía el haberles sacado de aquel infierno catalán. Nicolás se sonrojó. Ella estaba justo a su lado, tumbada de costado, con la cabeza sobre el hombro de Nicolás, con lo cual nuestro protagonista era capaz de disfrutar visualmente el cuerpo de la joven. Posó su mirada en su prominente trasero, que le causó una leve excitación, que se tradujo en una erección, todavía moderada, pero visible. Alexa pudo ver aquella erección a la perfección, pues su mirada apuntaba en esa dirección. Allí estaban los dos, tumbados juntos en aquella estrecha cama, cada vez más excitados, sin saber qué hacer.

De repente, Nico se incorporó ligeramente.

- Ale - intentó vocalizar Nicolás mirando a Alexa a los ojos.
- Sí, Nico - respondió ella mientras se incorporaba y empezaba a mostrar una tímida sonrisa.
- Verás... Yo... O sea, desde que te vi aquel día, he pensado mucho en...
- balbuceó, incapaz de confesar lo que sentía.
- Tú... ¿qué? - insistió desesperada Alexa.
- ¡Qué te quiero! Desde el primer día que te vi he estado enamorado de ti... - se liberó Nicolás, con rostro de preocupación por la respuesta de su amiga.
- Yo también te quiero desde el primer día - respondió Alexa con voz dulce y una gran sonrisa en el rostro.
- ¿Puedo besarte? - preguntó entusiasmado Nicolás.
- Por supuesto - contestó sonrojada la joven.

Nicolás se encorvó completamente hacia Alexa y la besó con pasión durante varios minutos. Sus labios se enzarzaron en un sensual baile de intercambio de saliva. Alexa incluso se atrevió a meter lengua, para sorpresa de Nicolás, quien respondió mordiéndola. Durante unos diez minutos, los dos jóvenes se engancharon en un ardiente beso al estilo francés. Tras concluir el beso, se miraron mutuamente, ruborizados y felices, hasta enredarse en un nuevo beso, aún más intenso, con una suave mordida de labios incluida. La excitación iba en aumento. El miembro de Nico se había enderezado por completo, mientras que la vagina de Alexa comenzaba a gotear placer. Casi sin querer, pero sin arrepentirse, Nicolás rozó el pecho derecho de Alexa, la cual respondió agarrando la mano de nuestro protagonista para colocarla sobre su pecho.

- Vas a ver una cosa muy chula - le dijo Alexa poniendo su dedo anular sobre los labios de Nicolás, frenando el apasionado beso. Se deslizó hacia los pantalones de Nicolás. Zarandeó su miembro hasta sacarlo del pantalón para luego introducirlo en su boca.
- ¡Ohh, sííí, no pares! - gritó acalorado Nicolás, antes de agarrar a Alexa de los hombros para colocar a su altura, frente a frente.

Nicolás decidió continuar con la iniciativa inicial, quitando la camiseta a Alexa, dejando al descubierto sus voluminosos pechos, entre los cuales insertó su rostro, provocando que Alexa comenzara a excitar con fuerza. «¡Ayyy, dios!», repetía casi en bucle. Unos segundos después, Alexa procedió de igual forma con la camiseta y pantalones de Nicolás, dejando desnudo a nuestro protagonista, mientras ella se bajaba toda la ropa que aún le quedaba. Con un suave giro de muñeca, Nicolás logró quitarle con absoluta precisión el sujetador a su amiga.

– ¡Hey, espera! ¿Tienes condones o algo? – preguntó Nicolás.

– Tomo pastillas, no te preocupes – respondió ella antes de abalanzarse sobre él y restregar su vagina contra su pene.

Alexa se tumbó sobre Nicolás y procedió a refregar su clítoris con su grueso miembro erecto. Nicolás podía sentir perfectamente la apertura de la vagina de Alexa, preparada para la penetración, completamente lubricada. Ambos gemían sin cesar, a la par que palpaban las partes más erógenas de su amado. Entonces, por sorpresa, Nicolás con un movimiento de cadena consiguió introducir su miembro en Alexa, quien soltó un intenso gemido, «¡Dios mío!», que retumbó por los pasillos de aquella casa malagueña. Ella comenzó a moverse horizontalmente, provocando que el pene de Nicolás entrara y saliera constantemente de su vagina, produciendo en ambos un cosquilleo que les recorría todo el cuerpo. «¡No pares! ¡Sigue! ¡Dios!», le gritaba él, a lo que ella respondía moviéndose con mayor velocidad, provocando que los testículos de Nicolás se zarandearan hasta chocar con su vagina.

La excitación fue in crescendo, al igual que el grosor de su pene y la lubricación de ella, a tal punto de que comenzó a gotear, manchando la pierna de Nicolás. No importaba nada. Ni sus hermanos ni la cama, que producía un constante crujido. Nada importaba más que aquel momento de placer y amor. Nicolás y Alexa se habían unido en uno, disfrutando de los atributos físicos del otro, pero sin olvidar el profundo amor que se sentían. El sexo fue maravilloso, mas aún mejor fue el beso que Nicolás dio a Alexa tras correrse ambos.

– El sexo con amor es la polla – dijo aliviado Nicolás, tumbado junto a Alexa, quien aún jadeaba del cansancio.

– ¡Puf! Esto sí que es hacer el amor – respondió Alexa con tranquilidad y paz interior.

– Es que piénsalo. Follar está guay, pero con amor se disfruta mucho más. Nos besamos, nos tocamos y nos decimos cositas bonitas, mientras nos zarandeamos. ¡Es superexcitante! – concluyó Nicolás.

– Sobre todo, si es sexo contigo – dijo Alexa guiñándole un ojo.

Nicolás se acercó hasta quedarse a pocos centímetros del rostro de la chica de ojos verdes. La miró desafiante, con confianza y placer, elevando levemente la mirada por encima de ella, en actitud chulesca, aunque tierna. Ambos cerraron los ojos y se prepararon para un inminente beso...

Capítulo 10

CAPÍTULO FINAL. ¿REGRESO AL PASADO?

Los ojos de Nicolás se abrieron repentinamente por una potente luz blanca. Al abrirlos, Nicolás vio a sus primos con los que había estado jugando aquel fatídico 24 de mayo antes de aparecer en Triana en 2050. Estaba petrificado, no podía ni tan siquiera moverse. «¿Acaso todo ha sido un sueño?!», se dijo así mismo, confundido y abrumado. Alexa no estaba allí junto a él. Parecía haber vuelto al pasado o, sencillamente, haber despertado del sueño. Notaba la mirada preocupada de sus primos, que parecían estar preguntándole algo que Nicolás no oía. Sus oídos estaban completamente obstruidos. Tan solo era capaz de escuchar un insistente pitido. Aquel sueño parecía haber terminado justo en el mejor momento...

Nicolás y Alexa regresaran en ESPAÑA 2060. Próximamente en megustaescribir.com.

Capítulo 11

AGRADECIMIENTOS

A quien dedicar esta mi obra sino a mi particular chica de ojos verdes. A ti María, mi musa durante años, te dedico esta obra, que con tanto esfuerzo escribí semana tras semana, sin apenas descansar. Eres el flujo de inspiración que siempre necesité en mi vida y que llegó de forma casi fortuita aquel día de marzo. Con cariño, Sebastián.

No puedo, empero, concluir estos agradecimientos sin mencionar a mis grandes referentes, genios escritores que me guiaron, sin ellos saberlo, a esta obra. A la mayoría, no los conozco en persona, para mi desgracia, mas sus obras influyeron tanto en mí que no mencionarlos sería faltar a la verdad. Emilio Tomás, Tim Marshall, Arturo Pérez Reverte, Francis Fukuyama, Daron Acemoğlu y James Robinson han sido, y siempre serán, mis grandes referentes. Gracias a vosotros también.